

Juan Andrés: «Origen, progresos y estado actual de toda la literatura».

I. Historia de toda la Literatura

Antonio José López Cruces. Doctor en Filología Románica

Advertencia inicial

No me ceñiré exclusivamente en el presente comentario al contenido de la primera edición de *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* (Parma, 1782-1799). He tenido en cuenta las numerosas adiciones aportadas por el autor en el tomo XIII de la edición de Roma (1808-1817), cuarta edición revisada y ampliada, donde Juan Andrés amplifica las interpolaciones que puso a la edición veneciana (1783-1800), y que figuran en el volumen VI de la edición de *Origen* dirigida por Pedro Aullón de Haro en la editorial Verbum (1997). Tal ampliación en el tiempo nos permite hacer justicia al arduo trabajo llevado a cabo por Juan Andrés durante muchos decenios con vistas a la obra de su vida, una obra siempre en marcha, siempre enriquecida con nuevos datos.

155

Mayo-Junio
2018

Prefacio del autor

Confiesa Juan Andrés (en adelante JA) que su ambiciosa obra tuvo como punto de partida la constatación de un vacío: a pesar de la abundancia de historias literarias, faltaba una historia crítica que abarcara la literatura de todos los tiempos y todas las naciones, un cuadro filosófico de sus progresos desde su origen hasta el siglo XVIII en sus distintos ramos y una perspectiva sobre los adelantamientos pendientes. Literatos y eruditos podrán partir de *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* (en adelante *Origen*) para ampliar los puntos más interesantes indicados en sus páginas, pues JA sólo va a dar las primeras líneas del cuadro. Por indicación de algunos doctos añadió la palabra «Origen» al título de su obra, y fijó para cada ciencia el origen desde el que esta partió. Para "seguir algún orden y

distinción en la inmensa multitud de materias", hubo de decidirse por una clasificación de las ciencias que fuese útil para el fin buscado. La división propuesta por Bacon, según el criterio de las potencias del alma (memoria-Historia, imaginación-Poesía, razón-Filosofía), aceptada por D'Alambert en su *Discurso preliminar de La Enciclopedia* y por el barón de Bielfeld en su *Curso completo de erudición universal*, es elogiada por JA, pero la deja a un lado por estática, por no servirle para explicar los progresos de las ciencias. El uso del punto de vista diacrónico permitirá a JA utilizar una clasificación no demasiado precisa, que le permitirá presentar la Gramática junto a la Elocuencia y la Poesía, en lugar de dentro de la Filosofía o la Metafísica; igualmente, la Historia Natural no irá separada de la Física, ni la Historia eclesiástica de la Teología, aunque ambas pertenezcan a la Historia. Así, abordará por un lado las Buenas Letras (JA preferirá decir *Bellas Letras*, contagiado por los franceses) y, por otro, las Ciencias, que dividirá en Naturales y Eclesiásticas.

A continuación adelanta JA el contenido de cada uno de los tomos que planea presentar en su *Origen*, y pide indulgencia a los lectores por sus posibles errores. Destaca como novedosos sus capítulos sobre la literatura árabe y sobre los estudios eclesiásticos. La investigación de los problemas que planteaba la literatura árabe fue complicada:

La novedad de la materia me ha empeñado en arduas investigaciones, de las cuales yo mismo no esperaba poder salir con felicidad. Oportunamente, la benignidad del católico monarca Carlos III, glorioso promotor de todas las empresas literarias, me honró con la *Biblioteca Arabigo-Hispana Escorialensis*, compuesta por el eruditísimo Casiri, regalo verdaderamente inestimable, así por la augusta mano que le dispensa como por el inmenso tesoro que contiene de erudición arábiga. (I, 13)

Pero el «inmortal» trabajo de Casiri se ciñe en exclusiva a los códices arábigos de la Biblioteca de El Escorial, y era preciso dibujar un cuadro completo de la literatura arábiga, para lo cual fueron necesarios fatigosos estudios:

El conocimiento de la literatura española, casi tan desconocida para muchos como la arábiga; el examen de los escritores de los tiempos bajos [medievales], ahora muy olvidados; la averiguación del origen y cultura de las lenguas modernas y su Poesía; el estudio de los antiguos poetas españoles y provenzales, y otras muchas investigaciones no menos penosas

que necesarias me han dado alguna luz para descubrir una verdad que a muchos parecerá una paradoja ridícula, y es que la literatura moderna reconoce por su madre a la arábiga, no sólo en las Ciencias, sino también en las Buenas Letras. (I, 13-14)

También hubo de afanarse JA en destruir otro prejuicio común en Europa, probando que la ruina del Imperio Griego acarreó muy pocas ventajas a la literatura latina, pues la Italia de entonces era más culta que la misma Grecia. Después juzgará, con detenimiento y respetando su rica complejidad, los méritos de los siglos XVI, XVII y XVIII tanto en Ciencias como en Bellas Letras.

ADVERTENCIA

Pide disculpas JA por si algunas citas a pie de página no recogen toda la información bibliográfica sobre las fuentes que utilizó. Recuerda que, por diversas vicisitudes, se vio obligado a citar ediciones distintas de las *Memorias de la Academia de las Inscripciones y Buenas Letras de París* y de las *Transacciones filosóficas / Philosophical Transactions of the Royal Society*, aunque hubiera deseado citar siempre por la misma edición los trabajos de ambas colecciones. Ocurre igual con otros libros que leyó años atrás y que se citan sin demasiado detalle: "Espero me excusará fácilmente de este leve defecto el que sepa lo que es escribir sin tener libros a la mano". (I, 16)

La literatura anterior a la griega

La China fue la primera nación en cultivar las Letras. JA se asombra del alto conocimiento que tiene la Europa de su siglo del remoto imperio chino. Se ignoran los inicios de las naciones europeas y, sin embargo, se habla de sus emperadores Fohi, Hoang-Ti / el Emperador amarillo Huangdi y Yongtching. Cuando los griegos comían bellotas como animales inmundos, Fohi ya formaba sus tablas astronómicas; siglos después, Hoang-Ti creará dos tribunales: uno de Matemáticas y otro de Historia; el astrónomo Yongtching compondrá una esfera y hará observaciones astronómicas. No es inferior a Platón Confucio, que hace que la moral y la política chinas sean la admiración de Europa, que estima también su poesía. No valora

demasiado JA la ciencia china, cuyos secretos no resultaron superiores a los primeros elementos de las ciencias europeas.

Sobre la literatura india, apreciada por los griegos doctos, dieron noticias descubridores españoles y portugueses, los jesuitas en sus cartas "edificantes y curiosas" y los misioneros daneses. El cirujano británico John Holwel (*Interesting Historical Events, Relative to the Provinces of Bengal, and the Empire of Indostan*), siendo gobernador de Calicut, estudió el *hamskrit* o *samskretan* (sánscrito), la lengua aria más antigua de la India, sólo entendida por la casta sacerdotal de los brahmanes. Elogian a los indios, desmedidamente a juicio de JA, Le Gentil, que estudió en la India su Astronomía, y Voltaire y Bailly, que creen Benarés de Bengala una Atenas India y la universidad más antigua del mundo. En adición posterior, recuerda JA que el matemático y orientalista inglés Reuben Burrow sostiene que la secta india de los brahmanes creó el sistema tolemaico y que los boodistas / budistas crearon el sistema filolaico (por el médico y astrónomo pitagórico Filolao, del siglo V aC.) o copernicano y se les deberían además desde la doctrina de la atracción hasta los saberes de la Aritmética, la Astronomía y la Astrología. Remite JA a las obras de Thomas Maurice (*The modern history of Hindostan, Indian antiquities*) y confiesa no estimar demasiado la antigua literatura india, de la que hay pocos documentos. Los griegos no conocían la India y Estrabón dio sobre ella pocas noticias. Dada la vida salvaje y solitaria de los brahmanes, JA los cree incapaces de haber creado una Filosofía y una Literatura sólidas. Cuando llegó a la India, Alejandro no se dejó deslumbrar por su fama, los interrogó y desenmascaró su falsa sabiduría (Plutarco recogió sus preguntas, y se hizo muy popular un diálogo entre Alejandro y los diez gimnosofistas). Calano, filósofo indio del séquito de Alejandro, se suicidó lanzándose a la hoguera sin dar muestra alguna de dolor y Cicerón lo llamó «bárbaro e indocto». Recoge datos JA sobre posibles contactos entre griegos e indios y cita un libro en sánscrito titulado *Javana Jatica*, quizás *Secta jónica*, y reconoce que todo está aún envuelto en el misterio. En los libros sagrados indios junto a verdades sublimes halla "insulsas fábulas y absurdas proposiciones". (VI, 684-685) En adición posterior (VI, 685-686), confesará sus dudas sobre la profundidad de la Astronomía india y la datación de su Aritmética decimal y de sus libros sagrados.

JA está más dispuesto a mostrarse agradecido con los caldeos. La literatura india no influyó en la griega, ni salió de la India, donde era exclusiva posesión de unos pocos. Pero de los caldeos sí obtuvieron los griegos muchos conocimientos. Tolomeo dejó memorias de útiles observaciones astronómicas caldeas. Séneca cuenta que Apolonio Mindio, que vivió entre los caldeos, aseguraba que conocían el número de los planetas. Griegos y romanos citan con aprecio a Zoroastro, Belo, Beroso y Azonace.

Aporta luego JA algunas noticias sobre las literaturas persa, hebrea, arábiga, fenicia y egipcia. Desconfía de la datación que otorga al *Zend-Avesta* persa Anquetil-Duperron; duda incluso, como Meiners, que lo dijo abiertamente ante la Academia de Gotinga, de la autenticidad de la obra, sospechando que pueda tratarse del engaño de un «moderno impostor».

Al abordar la literatura de los hebreos, JA afirma que, por ser la Biblia inspirada por Dios, contemplará el saber hebreo como "de un orden superior", aunque recomienda la lectura de la Biblia a los amantes de la elocuencia y la erudición. (VI, 687) Se sabe poco de la erudición de los antiguos árabes. De los fenicios, se conocen sus navegaciones y comercio y algunos nombres como Cadmo, quizás el inventor del alfabeto, Mosco, quizás el autor del sistema de los átomos (aunque lo duda Brucker en su *Historia de la filosofía*) y el historiador Sanconiatón.

Egipto interesa por ser la escuela de los griegos. Tales, Pitágoras, Solón, Demócrito y Platón aprendieron mucho de los sacerdotes egipcios. Egipto era un pueblo culto que construía canales, sabía medir los campos (Según Diógenes Laercio, Meri inventó la Geometría) y destacaba en Astronomía. Enseñaron a muchos griegos su Medicina y su Teología, su Música y su Poesía. La Escultura y las Nobles Artes parecen casi nacidas y criadas en Egipto.

Asia es, pues, la cuna de la literatura: "la luz de las letras, como la del Sol, empezó a alumbrar las provincias orientales"; luego esparció sus rayos sobre Egipto y Grecia y prosiguió por Occidente. JA desea que pase hasta América el esplendor de las ciencias.

Literatura griega

La mitología explica cómo diversos héroes egipcios dan a los griegos la agricultura y el comercio y fundan ciudades como Atenas y Argos. Conjetura JA que fue quizás la guerra de Troya el origen de la literatura griega, y recoge datos sobre los permanentes contactos comerciales entre Egipto y Grecia y sus muchas costumbres comunes. Aunque suele atribuirse a los fenicios la aportación del alfabeto a los griegos, JA lo cree una más de las deudas contraídas por estos con el pueblo etrusco. Los griegos crean colonias en Asia, África e Italia (Grecia Magna) y la comunicación con otros pueblos los hace más cultos, dando origen a la Literatura. El viaje de los Argonautas, los héroes de la guerra de Troya y la intervención en ella de los dioses estimulan el fuego de su imaginación. Surgen los primeros poetas. Homero, «padre de todas las ciencias de los antiguos», se inspirará para su *Iliada* en autores anteriores que escribieron sobre Troya. Luego plantea JA las diversas hipótesis sobre la cuna de Homero, al que cree nacido en Asia. La música y la filosofía griegas son asiáticas; la primera secta filosófica fue la jónica (Tales, Anaximandro). Cuando decayó la filosofía en las colonias griegas, esta fue acogida por Atenas.

A continuación se pregunta JA por la azarosa acumulación de causas que permitió los excepcionales progresos de los griegos en Literatura, asunto que cree poco estudiado. No piensa que haya que conceder excesiva importancia al clima. Tampoco acepta el peso decisivo de las causas morales: el gobierno republicano o la libertad como estímulo de las ciencias, cuando tiranos y monarcas absolutos fueron protectores de las letras. En estados monárquicos o republicanos, Galileo, Bacon o Descartes pudieron pensar digna y libremente, a pesar de vejaciones y agravios. Como Jacques Derrida en *El otro cabo* (1980), JA afirma que el milagro griego se debió a una azarosa combinación de causas: una Naturaleza feliz, las colonias griegas, desde donde llegaban a Grecia riquezas y conocimientos, la constitución griega, las costumbres, las fiestas, los juegos públicos, los certámenes políticos y el teatro. Tal cantidad de causas externas se vio complementada con otras intrínsecas, surgidas de la naturaleza de sus estudios. A diferencias de los brahmanes indios y los sacerdotes egipcios, los griegos evitaron en el mundo intelectual "los derechos exclusivos" y

abrieron las ciencias y las artes a todas las capas sociales. Los filósofos aceptaron ir unidos a los poetas: "cuando la imaginación duerme, la razón no puede hacer más que soñar, y cuando no aprecian las Buenas Letras, las Ciencias se ven ocupadas en vanos fantasmas y en fútiles impertinencias". (II, 47) Los griegos inventan las Bellas Artes sin modelos que imitar, ni muchos libros que leer, ni preceptos que obedecer, sólo observando la Naturaleza y con la fuerza de su reflexión y de su imaginación. Lo comparte JA con Winckelmann: cuando se impuso la *mímesis* sobre la imaginativa, decayó la creatividad griega; por eso cree que tuvieron consecuencias negativas la escuela de oratoria de Isócrates y la *Poética* y la *Retórica* aristotélicas. Curiosamente, el neoclásico JA afirma:

El haber de aprender las reglas del arte, el recibir preceptos, el estar sujeto a las leyes que otro quiere imponer parece que lleva consigo un cierto espíritu de esclavitud incompatible con las ideas generosas y pensamientos sublimes, que son los que exigen las obras maestras de las Buenas Artes. (I, 49)

Está por hacer, según JA, el mapa completo de la cultura griega; defraudaron los volúmenes de la *Historia de las ciencias en Grecia* de Meisners, pues en filosofía no pasó de Platón. (VI, 688) Consciente de sus limitaciones, echa «una ojeada» a los más destacados poetas, oradores, autores de epístolas, historiadores, anticuarios, geógrafos, cronógrafos, filólogos y comentadores de Homero: un panorama cultural difícilmente superable por otras naciones. (VI, 689) Grecia es rica asimismo en filósofos, matemáticos, geómetras, astrónomos, inventores, médicos, botánicos, anatomistas, hombres de leyes y escritores eclesiásticos en griego. JA juzga tales esfuerzos del entendimiento de mayor mérito que los de los modernos.

Literatura romana

Los romanos, pueblo fundamentalmente guerrero, sólo tras conquistar la Grecia Magna y Sicilia salieron de su «vergonzoso sueño». El trato con los griegos despertó en ellos el amor a la literatura. Repasa JA los principales nombres de la brillante literatura romana en elocuencia, poesía, historia, sátira, gramática, etc. En cambio, la contribución romana a las ciencias fue pobre: apenas algo de Geometría,

Matemáticas y Astronomía. Donde sí se honra Roma es en la Jurisprudencia, con Papirio, Mucio Escévola, Sulpicio, Labeón, Capitón, Papiniano, Ulpiano, Paulo, Herenio y Modestino. También avanzó entre los romanos el Derecho Pontificio gracias a Labeón, Capitón y Coceyo Nerva.

Ruega JA que se deje de decir que tras la ruina de la literatura griega se alzó la romana, pues duró hasta después de Alejandro Magno. La literatura romana es un arroyuelo que nace de la griega y ambas sólo se distinguen por la lengua; recomienda, pues, hablar de una sola literatura grecorromana y no de dos literaturas distintas. Los romanos, sin las escuelas y las academias que había en Alejandría, Rodas, Atenas y las colonias griegas, hubieron de humillar su orgullo y viajar a Grecia para formarse. JA lleva a cabo el cotejo entre ambas literaturas. (I, 75-77) Aunque Roma rivaliza con los griegos gracias a sus oradores, poetas, historiadores y juristas, nada aportan en Ciencias que pueda compararse con la ciencia griega. Tras el parangón de las dos literaturas, JA otorga la victoria a la parte griega. Cuando decaiga la literatura romana, la griega seguirá dando, durante mucho tiempo, autores como Plotino, Porfirio y Jámblico. Luego sólo se salvarán del general naufragio el bizantino Focio, el filósofo neoplatónico Miguel Pselo y Eustacio / Eustaquio de Antioquía.

Literatura eclesiástica

La Literatura cristiana es distinta de la de griegos y romanos. Estudia JA las apologías con las que los cristianos se defienden de calumnias y persecuciones (Orígenes busca neutralizar los ataques del filósofo Celso en su *Discurso verdadero*) y sus combates contra las herejías (Justino, Teófilo de Alejandría, Milcíades, San Ireneo y Tertuliano). Los Santos Padres defienden el sentido de la Biblia de quienes lo violentan. Se comentan los libros sagrados, se empieza a hacer historia eclesiástica. Entre las escuelas públicas que se abren para enseñar a los eclesiásticos destaca la escuela cristiana catequística Didaskálion de Alejandría, que cuenta con Atenágoras, Panteno, Clemente, Amonio, Orígenes, Dionisio y Heracles / san Heraclas.

El siglo IV es «el siglo de oro de la Iglesia» gracias a Arnobio de Sicca, Lactancio, Eusebio de Cesarea, «el padre de la Historia eclesiástica», Atanasio de

Aleandría, Hilario, san Victorino de Petavio y Epifanio. Coronan el siglo: Basilio, los dos Gregorios (Niceno y Nacianceno), Ambrosio, Jerónimo, Agustín y Crisóstomo. Se suceden los Concilios durante "este alegre siglo de la Iglesia": Primer Concilio de Nicea, concilio de Ilíberis, los Concilios Cartagineses, los Arelatenses, el Ancirano y el Antioqueno. Da sus primeros pasos el Derecho Canónico. Cultivan la poesía eclesiástica Prudencio y Cayo Juvenco. Destacan asimismo Lactancio, Teón, Donato y Libanio. La literatura sagrada se debilita tras el siglo IV, aunque aún brillen "los Cirilos, Teodoretos y Leones" y, a inicios del siglo VI, Casiodoro y Boecio. Gobierna a fines del siglo la Iglesia Universal San Gregorio, que protege ciencias y artes. Brillan luego los obispos san Isidoro (*Etimologías*) y Fulgencio. La sabiduría se sepulta en monasterios e iglesias, aunque excepcionalmente destaquen el escita Dionisio el Exiguo, los gramáticos san Juan Damasceno y Focio, los franceses Cesáreo de Arlés y Gregorio de Tours, los africanos Fulgencio Ferrando, Facundo de Hermiana, Víctor de Túnez y Cresconio. (VI, 690-691) Irlanda es centro de atracción cultural para los anglosajones. Se crea allí una biblioteca con textos grecolatinos, se hacen versos en latín y son portento de erudición Beda el Venerable, y Egberto y Cudberto, de quienes aprendió Alcuino. Entre las causas de la decadencia, señala JA la división entre el Imperio Occidental y el Oriental y el asedio a Italia por los bárbaros del Norte. En un ambiente bélico, los únicos que cultivan la Religión y las letras son los eclesiásticos. Durante el Medioevo, Cuadrivio y Trivio eran arduas empresas, siendo el Trivio solo para unos pocos "Hércules literarios". Faltan buenos manuales de Gramática y Retórica. En música basta con el canto eclesiástico. El panorama es bastante penoso: la Iglesia sacudida por las herejías y Occidente sumido en el letargo y en la más profunda ignorancia.

A continuación se pregunta JA si existió un renacimiento cultural carolingio. Y opina que los intentos culturales de Carlomagno acabaron en fracaso. El emperador llamó a su lado al docto inglés Alcuino de York y al visigodo Teodulfo, formó en palacio una academia literaria (en la que cada miembro eligió llamarse como un autor antiguo, al que leerá y explicará: Alcuino eligió a Horacio, Carlos, al rey David) y deseó crear escuelas de griego y latín, aunque estas se limitaron a enseñar gramática y canto, siendo Alcuino el director de esta empresa educativa. El papa envió a Teodoro y Benedicto, que enseñaron música en Metz y Soissons. El

emperador consultó a Paulino cuestiones de astronomía. JA piensa que Alcuino, un teólogo mediano, Eginardo / Einhard (*Vita Karoli Magni*), Teodoro, Paulino de Aquileya y Paulo Diácono fueron todos autodidactas. Sólo destaca como frutos maduros de los esfuerzos de Carlomagno al filósofo y benedictino alemán Rabano Mauro, a Lupo de Ferrières y a Hincmaro de Reims. Cree JA que muerto el emperador, sus descendientes, Lotario y Ludovico Pío, no supieron aprovechar su impulso cultural. Los estudios sacros quedaron abandonados, arzobispos y clérigos eran ignorantes y sólo sabían leer, escribir y cantar. Pasaban por sabios los que conocían algo de Matemáticas y Astronomía. Excepcionalmente, aparece en el siglo IX un martirologio de Wandalberto en verso con las leyes de la prosodia. (VI, 691) En otra adición, insiste JA en describir un panorama cultural desolador entre los francos y se sonríe ante la escasa formación exigida para ser sacerdote en el siglo IX. (VI, 691-692) Francia carece de manuscritos de Terencio, Quintiliano y Cicerón. La filosofía se limita a Boecio (*De consolazione philosophiae*), Marciano Capella (*Las Nupcias de Mercurio con Filología*), san Isidoro y Beda el Venerable. No supieron dirigir los estudios Carlomagno y Alcuino. Se cortó el paso a los que quisieron avanzar en Astronomía y Matemáticas; ni se leía a los santos Padres ni se entendían las Escrituras. (VI, 692)

Tras la División del Imperio y la conquista del Oriental por los musulmanes, faltará el papel egipcio. Como el pergamino es caro, es el tiempo del palimpsesto y muchos libros de los antiguos son borrados para escribir encima temas de religión. Tras brillar médicos, teólogos y matemáticos bizantinos, la presión de los sarracenos y la actuación del emperador iconoclasta León Isauro apagan del todo la pobre luz de la sabiduría griega. Decadencias parecidas se dan en Oriente y en Occidente. JA sonríe al contar que Pselo presume de formar literatos que saben dividir, argumentar y construir emblemas. Las ejercitaciones escolásticas de los doctores de Bizancio, los estudios hechos allí por Ítalo, sus disputas con Pselo y otros profesores demuestran el bajo nivel cultural que tienen por entonces los griegos. (VI, 695)

Literatura árabe

Las páginas siguientes han sido juzgadas por la crítica como las más interesantes del tomo I de *Origen*. Señala JA cómo tras la expansión del Imperio Árabe las Letras son protegidas por los califas abásidas, en concreto por Harun al Raschid y su hijo Almamón / Al-Mamun, con el cual Bagdad se convirtió en la ciudad de las Ciencias, publicándose bajo su califato *Elementos de Astronomía* de Alfragano / M. al-Farghani y *Tablas astronómicas* de Al-Merwazi. Además de Bagdad, cuentan con famosas academias Kufa, Basora y Samarcanda. En Al-Ándalus abundan, sobre todo en Córdoba, Granada y Sevilla, escuelas, colegios, academias, librerías y bibliotecas, mientras Europa vive sin ciencias ni cultura. La literatura árabe tiene su culmen entre el siglo IX y los siglos XIII-XIV. En la Biblioteca de El Escorial abundan los códices árabes y los eruditos catalogan las interesantes bibliotecas árabe-españolas. Hay gramáticos desde Persia y Egipto hasta Al-Ándalus, donde se admira a Malek / Gemal-Eddin-Mohammed, autor de la gramática en verso *Alfiyya* o *El Milenario*. El granadino Ben Haián escribe centenares de obras filológicas. En la *Biblioteca griega* de Fabricius hay más nombres de gramáticos árabes que griegos. Gustan los árabes de escribir diccionarios, lexicones y onomásticos. Al expandirse el Imperio árabe, se tradujo a los retóricos griegos y surgieron numerosos retóricos árabes: Althai (*Arte Retórica / La Antorcha*), Abu Mohamad Abdalla (*Método de escribir*), Assiuteo (*El prado florido*), el persa Alsekaki (*Llave de las ciencias*), «el Quintiliano de los árabes», su más famoso escritor didascálico de retórica. La Biblioteca de El Escorial guarda decenas de volúmenes con oradores como Malek y Alhariri, y sermonarios para los predicadores. Pasa luego JA a dar una sucinta noticia de los numerosísimos poetas árabes, sin dejar de citar a mujeres poetas como la cordobesa Valadata / Wallada bint a-Mustakfi, «la Safo de los árabes». La Biblioteca de El Escorial guarda numerosas colecciones poéticas o *divanes*, como el Diván de Ben Mokanes, «el Marcial de los árabes». No se conserva nada de épica ni de poesía dramática; sólo poesía didascálica, cancioncillas amorosas, elogios, sátiras y moralidades. Casiri casi ve en estas poesías tanto mérito como en las griegas y las romanas. También cultivan los árabes con maestría la Música: Casiri cita los códices *Elementos de Música*, de Alfarabi y *Gran colección de notas* de Abulfaragio. (VI, 696) Son abundantes los diccionarios histórico-geográficos y los historiadores árabes que recogen la vida de Mahoma, de los califas y los héroes patrios, y tratan de

caballos, camellos y monedas: Althari, Abulfeda y Ebn Batrik. Los árabes demuestran vasta erudición en sus numerosas historias literarias, destacando: Alassakeri, que hace la historia de los primeros inventores de las Artes, Algazel (*Erudición de las Antigüedades Arábigas*) y Mohamed hamad Abu Abdalla de Granada (*Diccionario histórico de las Ciencias*). En la Biblioteca de El Escorial se conserva una *Biblioteca* sobre poetas de Shalaheddin Alsaphadita. Los viajeros árabes dejan abundantes testimonios. Entre los famosos geógrafos árabes destaca Al-Idrisi. Las bibliotecas arábigas están llenas de libros de Geografía e Historia y, aunque JA no espera hallar en ellos un César o un Livio, recomienda que sean estudiados con detenimiento. Los árabes aman los romances, como *El filósofo autodidacta*, protagonizado por el joven Hayy ibn Yaqzan, un Robinson Crusoe árabe, del filósofo Ibn Tufail, romance que JA juzga "la obra más filosófica y de más sublime y exacta doctrina de cuantas escribieron los filósofos árabes". Cree haber probado, pues, a "los enemigos declarados de los árabes" que estos cubrieron todos los aspectos de la amena literatura.

No se detiene demasiado JA en los innumerables filósofos árabes, "los Alkindis, los Alfarabis y los Avicenas", a los que se deben tantas traducciones de los filósofos griegos y la presencia de Aristóteles en las escuelas cristianas. La Historia Natural tiene una importante deuda con los naturalistas árabes, a menudo viajeros incansables, como Al Razis, Avicena o el malagueño Ibnu El-Beithar (*De las virtudes de las yerbas, De las piedras y metales, De los animales*). En la biblioteca de El Escorial se conserva *Del conocimiento de las piedras preciosas* del persa Abu Rihan Al-Biruni. Cuando Freind se queja de la mala calidad de las traducciones árabes de Dioscórides, JA prefiere fiarse de Salmasius, que las elogia. El saber en Agricultura de los árabes de Al-Ándalus no halla equivalente en ninguna otra nación. Si la verdadera Física consiste en conocer bien la Naturaleza, los árabes eran excelentes físicos. Avanzaron también en Química y en equitación. Los matemáticos árabes tradujeron a los matemáticos griegos salvándolos del olvido; son admirados por matemáticos europeos Alkindi o Mohamad Ben Musa / Mohammed Ben Mussa Ben Khwarizmi, cuyo trabajo *Cálculos Mediante Símbolos* desembocará en el cálculo algebraico y la aritmética decimal. La Trigonometría está en deuda con el sirio Albatenio / Al-Battani o Albatagenius, que mejoró las mediciones de Tolomeo, y con Geber / Abu

Musa Jabir ibn Hayyan y otros geómetras árabes. Los árabes enriquecieron la Aritmética india (Montucla cita el manuscrito de Omar Ben Ibrahim *Álgebra de las ecuaciones cúbicas*). Alhazen aportó su *Tratado de Óptica*, que alabará Kepler. Las bibliotecas europeas guardan cientos de manuscritos árabes de Astronomía. La Medicina es también cultivada con éxito por los árabes y Al Razis o Avicena serán nombres respetados en las escuelas europeas. A los árabes se debe la aplicación de la Química a la Medicina y las preparaciones químicas de los medicamentos. El médico Abulcasi (*Método de curar*) aporta muchas noticias sobre Diagnóstica y Cirugía. La Farmacia está en deuda con Avenzoar / Ibn Zuhr, que realizó también importantes aportaciones en Anatomía. La Jurisprudencia y la Teología musulmanas giran en torno al Corán y los califas suelen estar asistidos por sabios instruidos en leyes que, además, discuten de teología. Tal es el fervor con que tratan la Religión los árabes, que pronto se multiplican las sectas: sunnitas, chiitas... Para los interesados en ellas, remite JA a Hottinger (*Historia Oriental*), a Pococke (*Ensayo de la Historia Árabe*) y a Barthélemy d'Herbelot (*Biblioteca Oriental*). En la Biblioteca de El Escorial abundan los libros ascéticos y místicos árabes (omite JA citar "millares de pandectas, de instituciones, de tratados, de comentarios y la escolástica"). Justifica haberse demorado en el tratamiento del espacioso campo de la literatura árabe por haberlo creído necesario, dado el escaso conocimiento de ella entre los europeos.

Tras su exhaustivo y elocuente repaso a la aportación de los árabes, JA se niega a que se les tache de ignorantes, pues en las ciencias fueron superiores a los romanos. Mientras Europa yacía en la ignorancia, ellos traducían libros griegos, viajaban y aprendían de persas, sirios, indios y egipcios. Los europeos accederán a los textos de Apolonio, Galeno e Hipócrates gracias a las traducciones del griego al árabe. Por los geógrafos árabes, los occidentales podrán corregir sus errores sobre Oriente. Las historias de España, de Sicilia, y en general la historia universal, se beneficiaron de historiadores árabes como Abulfeda o Elmacín / Girgis Al-Makin. El benedictino Bertherand planeó su historia de las Cruzadas siguiendo a los árabes, aunque murió antes de su publicación. (VI, 703)

Defiende JA a los árabes de la acusación de haber introducido las sutilezas metafísicas, las cuestiones peripatéticas y las cavilaciones dialécticas en Filosofía. No acepta que fueron los introductores de la Escolástica en Europa, pues esta devino por

el olvido de las Matemáticas y la prioridad dada a la Dialéctica, que llevó a los cristianos a entretenerse con inútiles sutileza lógicas y teológicas. Sin contacto alguno con los árabes, nominalistas como Guillermo de Champeaux y Abailardo / Pierre Abailard o Abelardo gustan de los torneos dialécticos y los despropósitos lógicos, que les permiten lucir su agudeza de ingenio. Los árabes no se entretuvieron nunca así. Sin embargo, es cierto que, al introducir en Europa la *Lógica* aristotélica vigente en sus escuelas, vigorizaron el espíritu escolástico. Luego santo Tomás cristianizó la doctrina aristotélica. Ninguno de los primeros escolásticos tiene nombre español y las grandes controversias escolásticas no tienen cabida en España, cuando si la Escolástica se debiera a los árabes, los españoles habrían sido los primeros en abrazarla. Sí triunfó en Francia y en Germania, y los españoles la acogerán de Francia y no de los árabes. Tampoco floreció la Dialéctica en Nápoles, dominada mucho tiempo por los sarracenos. Españoles y napolitanos aprendieron, en cambio, cosas útiles como Astronomía, Matemáticas y Medicina. Escolásticos como Guillermo de Champeaux, Roscelino y Abelardo no fueron a la Península Ibérica para aprender filosofía, como sí fueron muchos sabios europeos a aprender matemáticas y otras ciencias.

Temería JA parecer "demasiado afecto a paradojas" de afirmar que a los árabes se debe el origen de la ciencia europea, si no fuera porque respaldan su afirmación Hyde, Boerhaave, Haller, Muratori, Montucla y Bailly, quien en carta dirigida a Voltaire (*Sobre el origen de las ciencias*) escribe sobre las naciones europeas siempre en perpetua guerra entre ellas: "sólo fueron iluminadas por la invasión de los moros y el arribo de los griegos". Cree JA prueba suficiente de ello la *Biblioteca Árabe-Hispana* de Casiri, como lo creen los bibliotecarios de la Real Biblioteca de Madrid. Los cristianos de la Península Ibérica, gracias al intenso contacto que mantienen durante siglos con los árabes, aprendieron el árabe y olvidaron el latín, que quedó recluido entre los hombres de Iglesia. Se predicaba en árabe y las Ciencias Sagradas se traducían a esta lengua. En el siglo X sólo en España se cultivan las matemáticas por Aitón, Lupito de Barcelona, un tal Joseph, al que buscaron como maestro Gerberto (luego papa Silvestre II) y Adalberone, arzobispo de Reims. Cuenta JA a continuación la aventura intelectual de Gerberto, a quien, tras estudiar en Francia e Italia, su curiosidad condujo al sur de los Pirineos. Tras su aprendizaje, será

admirado por todos, y algunos, sorprendidos por su saber, llegarán a achacarlo a artes mágicas. Hizo renacer Gerberto la Filosofía al unir Dialéctica y Matemáticas. JA no recuerda haber oído a nadie plantearse si las escuelas que frecuentó fueron árabes o cristianas. Explica que Gerberto, que ignoraba el árabe, no pasó de Cataluña, y la Física y las Matemáticas las aprendió allí, sin necesidad de ir a buscarlas a Al-Ándalus. Según Hugo de Flavigni, el abad de S. Geraldo de Aurillac lo recomendó a Borrell, conde de Barcelona, quien lo remitió a Aitón, obispo de Ansona, para que le enseñase matemáticas. Los manuscritos que manejó eran de Boecio, Manilio y Plinio, no árabes; pero la doctrina que sacó de España sí era arábica, y la Aritmética arábica se transmitió a través de él a las escuelas europeas. Otros siguieron su ejemplo y vinieron a España, aprendieron árabe, leyeron y tradujeron manuscritos árabes buscando restaurar las ciencias, y esto antes del siglo XIII. Montucla confirma en su *Historia de las Matemáticas* que los matemáticos importantes (Campano / Campanus de Novara, Atelardo Gotho, Gerardo de Cremona y Daniel Morley) adquirieron su ciencia entre los árabes. El inglés Roberto Ratinense y un tal Gerardo de Dalmacia tradujeron el Corán al latín a petición de Pedro el Venerable. (VI, 703-704) También tradujo libros del árabe el obispo y cronista germano Otón de Fresinga / Freising. En Italia, Federico II hace traducir los códices árabes al latín. Durante siglos, las escuelas europeas se limitarán a "traducir, comentar, compendiar e ilustrar" los libros de los musulmanes. En Sicilia existe la famosa escuela de medicina de Salerno. Los médicos hebreos que estudiaron en las escuelas arábicas de Al-Ándalus serán solicitados por reyes y papas. El restablecimiento de la Medicina, las Matemáticas y las Ciencias Naturales en Europa se debió, por tanto, a los árabes.

Destaca JA los trabajos de Astronomía, coordinados por el rey Alfonso X, de los árabes toledanos Aben Raghel y Alchibizio. Ve claro que el rey buscaba claridad entre las confusas explicaciones de los astrónomos, porque ya se empezaba a poner en duda el sistema tolemaico. Un equipo de astrónomos mahometanos, hebreos, cristianos, españoles y extranjeros elaborará las famosas *Tablas alfonsíes*. También se avanza gracias a los árabes en la Química, no explicada en las escuelas cristianas. Luego aporta pruebas para demostrar la prioridad del *Tesoro* de Alfonso X sobre el de Bruneto Latino, escrito en francés, y *Lo Tresor* del poeta provenzal Pedro Corbiac. Se lamenta JA de la ignorancia generalizada en Europa sobre la extensa obra

realizada gracias a Alfonso X, en colaboración con árabes y judíos, labor que sí supieron valorar el marqués de Santillana, Nicolás Antonio, el padre Sarmiento, el marqués de Mondéjar y el padre Flórez.

Señala luego JA el influjo arábigo en las obras del canciller Bacon. Este sigue de cerca el libro VII de la *Óptica* de Alhazen, y gracias a este influjo algunos le atribuyeron el invento de los anteojos y aun el del telescopio. Sobre la estructura de los ojos Bacon cita a menudo a Avicena, y nunca a Galeno. Gracias a los árabes, avanzó en Astronomía y llegó a detectar errores en el calendario juliano, y en Química, obteniendo noticias del uso de la pólvora, que los árabes usaban en sus guerras. Entre los discípulos europeos de los árabes cita JA a Vitellion (*Perspectiva*), que aclara la doctrina óptica de Alhazen; a Leonardo de Pisa, que tras viajar a África introducirá en Italia las cifras de los árabes y su Álgebra; al médico Arnau de Vilanova / Arnaldo de Vilanova; a Ramon Llull / Raimundo Lulio, que domina el árabe y conoce bien la Química y acaso se anticipa a Newton en el descubrimiento de la gravedad en su *Libro de ascenso y descenso de la inteligencia*; Gilberto (*Compendio de Medicina*) y Juan de Gaddisden / John of Gaddesden. En la Biblioteca del Louvre abundan en el siglo XIV los manuscritos árabes traducidos al latín y al francés.

El influjo de los árabes será todavía importante en Europa durante el siglo XVI. Es patente en la actividad quirúrgica de Fabricio Acquapendente / Girolamo Fabrici d'Acquapendente. Huet quiere atribuir a dialécticos árabes un peso decisivo en el fecundo hallazgo de la duda cartesiana. Bailly (*Historia de la Astronomía moderna*) cree que Alpetragio / Abu Isach al-Bitruyí o el Petruquí de Córdoba pudo llevar a Kepler a descubrir las órbitas elípticas de los planetas. Robert Boyle (*El químico escéptico*) acudió a Hyde porque este conocía la química de los orientales. Aunque la Europa del XVII se alaba del nivel alcanzado por sus ciencias, los árabes («nuestros bienhechores», «nuestros maestros») merecen de los europeos "una reconocida gratitud en vez de un fastidioso desprecio". Extranjeros como Bochart o Moldenhawer visitan España para ilustrar sus trabajos sobre el mundo hebreo, por estar convencidos de la utilidad de consultar los trabajos de los árabes. (VI, 704)

Sabe también JA que santo Tomás usó libros arábigos; que ya se disputaba en las escuelas arábicas sobre cuestiones como el Decreto predeterminante, la supervivencia de los méritos por la penitencia o la incompatibilidad de la gracia con

el pecado; que Alsaphei, cabeza de los sunnitas, había sistematizado la Jurisprudencia Canónica dos siglos antes que las escuelas cristianas. Hasta la literatura eclesiástica, "no sin algún rubor suyo", bebió en fuentes musulmanas. Recuerda luego que ya desde el siglo IX se dan leyes en códigos y fueros de Castilla, León, Navarra y Barcelona, quizás por su vecindad con los árabes, que apreciaban mucho los estudios legales. También pretende JA que los árabes poseían diversas invenciones mucho antes de que los europeos tuvieran noticias de ellas. No cabe duda de su influencia científica en Europa; en cambio, no tropieza con la huella árabe en la escritura amena de los reinos cristianos ni en la de los europeos que pasaron por la Península.

LITERATURA RABÍNICA

Expone JA una historia de la literatura rabínica en una extensa adición posterior. (VI, 697-703) Comienza refiriéndose a la Mishná, la Guemará, los Talmud jerosolimitano y babilónico, la Masora y la Cábala, "la mística que versa sobre los misterios que pueden recabarse de las palabras, las sílabas, las letras y los puntos", que degeneró en "ridículas supersticiones y vanidades mágicas". La literatura rabínica suele ser literatura árabe. El Gaón Saadias hace una versión árabe de la Biblia. Judá Levita / Yehudah Halevi escribe en árabe su diálogo poético *Cuzari / El Kuzarí*. Maimónides escribe casi toda su obra en árabe, lengua muy común entre los hebreos. El médico, filósofo y poeta Tibbon / Judá ben Saúl ibn Tibbón, «Príncipe de los traductores», vierte muchas obras árabes al hebreo. Se comentan la Biblia y el Talmud. En las mezquitas orientales se recitan los poemas de los rabinos judíos y en Al-Ándalus, los de los rabinos Salomón ben Gabirol y Emanuel Ben Ezra. Entre los gramáticos destaca JA a Judá Chiug y a David Kimchi, que intentan devolver al hebreo su antigua suntuosidad. Los rabinos escriben obras científicas en los siglos XII y XIII. Luego menciona a Aben Ezra / Abraham ibn Ezra, de Toledo, y a Moisés Maimónides, nacido y educado en España, que pasó a Egipto, donde se le llamó «gran luminaria del Universo», «gloria de Oriente» y «esplendor de Occidente», y se decía: "De Moisés a Moisés no ha habido un Moisés semejante". El viaje del judío Benjamín de Tudela en el siglo XII fue de utilidad a geógrafos e historiadores. El

cabalista Nachmánides escribe epístolas y libros morales. Don Sem Tob de Carrión ofrece sus proverbios morales en verso (*Consejos y documentos al rey don Pedro*), que elogió el marqués de Santillana. Alfonso X convoca a colaborar en sus equipos a muchos astrónomos, matemáticos y naturalistas judíos, que tradujeron obras del árabe y compusieron otras originales: sobre Astronomía el rabino David Abraham; sobre relojería, el rabino Zag. Comenta a continuación JA la famosa controversia de Tolosa de 1413, la fama de los médicos hebreos en Oriente y Occidente, el decreto de la sinagoga de Barcelona prohibiendo estudiar las letras griegas antes de los 25 años, y menciona a Abravanel / Isaac ben Yehuda de Abravanel, al León Hebreo / Judá León ben Isaac Abravanel de *Diálogos de amor / Dialoghi di Amore*, a Ezacuto de Salamanca, que elaboró unas tablas sobre movimientos celestes, a los médicos portugueses Amato Lusitano y Abraham Zacuto y a otros famosos en el Berlín del XVIII como Salomón Maimón y Moisés Mendelssohn.

INFLUENCIA ÁRABE EN LA LITERATURA EUROPEA

Luego JA se centra en demostrar, con abundancia de datos, que los sabios árabes, tan despreciados por los europeos, transmitieron a estos una serie de inventos que cambiarían el aspecto de Europa en lo literario, lo militar y lo político: el papel (especialmente el de lino), la Aritmética (los números *indios*), la pólvora, la brújula o arte de marear (los árabes, que realizaron largas travesías por mar, fueron los primeros creadores de textos de Náutica), el uso de la péndola oscilatoria para la medida del tiempo (el padre Sarmiento habla de *relojes automáticos*), la clepsidra, los grandes relojes de sol, los observatorios astronómicos (los había desde Bagdad a Sevilla), el arte de las tintas y los colores vivos y la Caligrafía. También pretende JA que las academias, escuelas y universidades de los europeos derivaron de las academias, universidades y colegios reales de Historia, Poesía, Gramática, Bellas Letras, Teología y Jurisprudencia de los árabes, abundantes desde El Cairo, Kufa y Basora hasta Játiva, Córdoba, Málaga, Orihuela, Murcia, Valencia y Granada. El primer europeo que pensó en crear tales establecimientos pedagógicos fue, en el XIV, el cardenal Gil de Albornoz, fundador del Colegio de San Clemente de Bolonia /

Collegium Hispanicum para acoger a los estudiantes españoles que iban a aquella universidad.

Si JA ve con claridad la influencia árabe sobre la ciencia europea, confiesa no hallar eco alguno de su influencia en los textos de literatura amena de los europeos. No fueron traducidos al árabe ni Homero ni los trágicos, ni los poetas, ni los oradores griegos, pues el gusto árabe no procede de los griegos, sino del mundo asiático. Los europeos no fueron a España para aprender de sus poetas y oradores, ni tradujeron la literatura amena árabe al latín o al vulgar. Aunque expresa JA su deseo de que el cielo guarde a la poesía europea del gusto oriental presente en los *divanes* árabes, afirma, sorpresivamente, que también viene de los árabes la restauración de la Buena Literatura en Europa, por estimular entre los europeos la creación en lengua vulgar.

Para probarlo, procede a buscar entre las lenguas románicas y germánicas los documentos más antiguos en vulgar. Su tesis: la época de la cultura de las lenguas vulgares europeas es el siglo XI "y se ha de atribuir su origen a los árabes y a España". Aunque menciona los Juramentos de Estrasburgo, cree que los textos más antiguos hallados en vulgar en toda Europa son ingleses, poéticos y legislativos, aunque los franceses, cegados por el amor patrio, se jactan de tener los monumentos más antiguos en prosa y en verso, del siglo IX, que JA cree falsos. También se jactan de sus monumentos antiquísimos en vulgar los españoles, que se atreven a remontarlos hasta antes del siglo VIII. JA fija en el siglo XI el principio de la cultura de las lenguas y de la poesía en vulgar. Piensa que por el influjo árabe nació la Poesía vulgar en España, Provenza y Sicilia (Petrarca le otorgaba un origen siciliano, por el influjo sarraceno). Los documentos hallados por los eruditos Fauchet, Galland o Caylus no son nunca anteriores al siglo XII. Y resulta que a fines del XI ya hay poetas en Provenza y en España, y la Poesía, por el comercio con los árabes, rompe los grillos del latín, que acabará siendo olvidado por el constante cultivo del árabe. Entonces, ¿cabrá afirmar que, además de ayudar a restablecer las ciencias en España, los árabes influyeron en el nacimiento de la poesía y de la lengua vulgar, y, por lo tanto, de las Bellas Letras?

POESÍA ÁRABE Y POESÍA EUROPEA EN VULGAR

Para demostrarlo, JA teje una breve historia de la formación de la lengua y la poesía de los españoles bajo el dominio árabe y tras las primeras conquistas de los reyes cristianos de los territorios antes sometidos. Insiste en la fuerte arabización de los súbditos cristianos: el árabe se utiliza en los documentos privados y públicos y el latín queda limitado a la gente de Iglesia. Muchos españoles conocen la poesía arábica y utilizan su rima, lo que da paso a la poesía moderna. También muchos árabes aprendieron el naciente español, prueba del mutuo comercio entre árabes y cristianos. Una vez vencidos los árabes toledanos, las escrituras seguirán siendo en árabe, aún en tiempos de los Reyes Católicos. En el Archivo de la Iglesia de Toledo se guardan más de 2000 documentos en árabe, y más de 500 en el Colegio Imperial de Monjas Cistercienses de San Clemente.

Cuando el español está naciendo, el árabe es ya una lengua "pulida, elegante, copiosa y enérgica". JA no duda de que en Al-Ándalus se escucharían en la boca del vulgo canciones populares en la lengua de los conquistados, pero carece de documentos que lo prueben. Viene en su apoyo el Padre Mariana, que cita unos versos sobre la conquista cristiana de Calcanasor / Catalañazor en 998: el día de la toma de la ciudad, un pescador cantó a orillas del Guadalquivir, "alternando los versos ya en lengua arábica, ya en española": "En Calcanasor Almanzor perdió el tambor". Cree JA que los árabes eran bilingües. Ya libres del dominio árabe, los españoles usaron para la poesía la lengua vulgar. Defiende JA la existencia de poesías escritas en gallego. Se pregunta por la fecha del *Poema de mio Cid* y del *Poema de Fernán González*. Galicia, Asturias y Castilla se llenaron de poetas.

Aunque sabe que a algunos les parecerá ridícula paradoja, fija JA en la conquista de Toledo (1085) el origen de la poesía vulgar y de la cultura de las lenguas modernas. Deja la disputa sobre primacía a españoles y franceses, los primeros que cultivaron la poesía en vulgar. Las lenguas teutónica e inglesa sólo estaban en sus inicios. Falta que los españoles se dediquen seriamente a registrar los archivos públicos y privados y las bibliotecas, a fin de sacar a la luz "los sepultados manuscritos". Está seguro de que aparecerían poemas y poetas más antiguos que los provenzales. Agradece al marqués de Santillana, al Padre Sarmiento, a Tomás Sánchez y a Francisco Cerdá y Rico los datos que aportaron sobre los primeros poetas españoles.

Los franceses comercian con árabes y españoles. Cuando los árabes invadan Francia, los franceses se familiarizarán con el saber arábigo. A inicios del siglo IX los franceses dominan una parte de España y se relacionan con los reyes de Navarra; los condes de Barcelona, con el sur francés. Los españoles cultivarán las letras imitando a los árabes, y los franceses seguirán la inclinación española a poetizar en vulgar, que pasa entonces a Francia. Tras la conquista de Toledo, son muchos los franceses que viven en España, a donde vinieron a auxiliar a Alfonso VI. El rey llamó a muchos monjes de Cluny. En la liturgia se abandona el rito mozárabe y se introduce el rito galicano; se abandonan los caracteres góticos y pasa a escribirse en caracteres franceses. Por entonces, tanto españoles como franceses aprenden de los árabes toledanos. Los primeros poetas franceses son Guillermo IX, conde de Poitiers, Bernardo de Ventadour y otros provenzales. En España a fines del XI e inicios del XII, se cultiva mucho la poesía. Hay numerosas historias españolas de mitad del XII en lengua vulgar, cuando otras naciones aún no usan las suyas. Alfonso VIII de Castilla hace escribir unas *Flores de Filosofía*, un florilegio de Ética.

Justifica JA el haberse detenido en la poesía y la lengua españolas porque lo consideró indispensable, dado el desconocimiento general que se da en Europa sobre la literatura española, y porque tenía que exponer el origen de la moderna cultura en la literatura europea. ¿En qué otra nación existen a mitad del XII tantos poemas, tantas historias, tantos escritos en lengua vulgar como en España? ¿Y por qué se da dicha "particularidad"? Por el comercio con los árabes, únicos que podían excitar la emulación literaria. Tras caer Toledo con la colaboración francesa, pronto nacerán poesías y prosas en España y Francia, tras un silencio de siglos. Infiere JA que la fama de las escuelas de Toledo creció aun después de caer en poder de los cristianos. Gerardo de Cremona (JA se pregunta si no sería de Carmona) aprendió letras en Toledo («*Toleti vixit; Toletum duxit ad astra*») en el siglo XII. En Toledo residía el culto arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada, y allí se llevan a cabo las importantes empresas culturales concebidas y dirigidas por el rey Alfonso X. Su padre y él establecen pública y legalmente la lengua vulgar, que antes no aparecía en los actos públicos, ni en los tribunales y la legislación, y desarrollan el código de las Siete Partidas, "cuerpo completo de legislación que no vio en mucho tiempo otra nación". Alfonso mandó traducir del latín al español toda clase de escritos, con las consiguientes ventajas para

la lengua naciente. A la vez se produjo una mayor propagación del papel y de las cifras arábigas.

Luego declara JA que el códice de las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X existente en la Biblioteca de Toledo lleva anotadas por el rey sus notas musicales, las inventadas por Guillermo d'Arezzo, normalmente usadas para el canto eclesiástico, y ya aparece el pentagrama. El rey, que debió de inspirarse en los árabes, muestra quizás las primeras canciones vulgares puestas en música. Entonces, ¿se debió el inicio de la música moderna a los árabes, como el de la Poesía en vulgar? Está probada la influencia de la música árabe sobre la europea, y que los cristianos usaban varios instrumentos musicales árabes (*moriscos* los llamaban los franceses). Sería otra deuda más con los árabes, que trataban la música según leyes matemáticas cuando los europeos solo sabían de salmos y antífonas. En la Biblioteca de El Escorial existen dos interesantes códices: *Elementos de Música* de Alfarabi y *Gran colección de tonos* de Abulfaragio.

Sin embargo, en nota a pie de página, JA se verá obligado a confesar que el jesuita y musicólogo Esteban de Arteaga, que se dispone a imprimir en Bolonia *Le rivoluzioni del teatro musicale italiano*, ha desmontado su hipótesis al enviarle un documento provenzal que quita a las *Cantigas* alfonsinas el mérito de la prioridad. En espera de que Arteaga publique su obra, sigue creyendo, tras consultar el viejo códice de Alfarabi que le envió desde Madrid Casiri, que los provenzales tomaron de los árabes el amor a poetizar y el aplicar la música a la poesía.

POESÍA ÁRABE Y POESÍA PROVENZAL

A pesar de su prioridad, la poesía castellana no tuvo eco en las demás naciones; sí lo tuvieron, en cambio, la lengua y la poesía provenzales. El origen de la poesía provenzal es árabe. Intentará demostrarlo JA con datos históricos. La Provenza mantuvo estrechos contactos con los sarracenos a través de Cataluña. La lengua lemosina se habló en el Principado de Cataluña y el Reino de Valencia, en Mallorca, Ibiza, Menorca y Cerdeña. Bastero, en su prefación a la *Crusca provenzal*, y Lampillas, en su *Ensayo histórico-apologético de la literatura española*, piensan que los catalanes crearon el provenzal y luego lo cedieron a Francia. Escribieron en

provenzal franceses, italianos, ingleses y españoles. En su momento de auge se llamó al provenzal «lengua catalana» y «catalanes» a los pueblos que la hablaban. Los catalanes fueron los inventores del Arte de trovar. La lengua luego llamada *de oc*, *provenzal* o *lemosina* fue primero la lengua de catalanes y aragoneses, como explica Jean-Baptiste de la Curne en su historia literaria de los trovadores, publicada por el abate Millot como *Histoire des troubadours*. Así pues, la lengua y la poesía provenzales serían originarias de España, "madre y maestra de las lenguas y poesías vulgares modernas". El provenzal, según JA, sería una lengua iberorromance y no galorromance. En *Proclamación católica* (siglo XV), los catalanes afirman haber sido los primeros padres de la poesía vulgar. Los condes de Barcelona honraron la poesía provenzal, que no les era desconocida. Al introducirse los catalanes en Provenza, muchos franceses se iniciaron en esa poesía, que decaerá cuando se extinga la línea barcelonesa. Que los catalanes no puedan ofrecer nombres de coetáneos de Guillermo de Poitiers sólo prueba su falta de investigación en archivos y bibliotecas. El Condado de Cataluña y el Reino de Aragón dieron más poesía en provenzal que cualquier otro estado, y escribieron versos en provenzal y figuran en la historia de los trovadores los reyes Alfonso I y II, Pedro I, Juan I, Pedro III y Jaime el Conquistador.

A pesar de la desidia en cuestiones de investigación, se habla de Mataplana, Bergedán / Guillem de Berguedá, Arnaldo de Villanueva / Arnau de Vilanova, Mola, Benlliure, los March, Vidal, Jordi, Febrer, Montaner, Martorell y Roig. El primer *Arte Poética* en lengua vulgar es de Ramón Vidal de Besalú. El primer diccionario de rimas es de Jaume March / Jaime March (*Llibre de concordances*). Cree diáfano JA el origen catalán de la poesía provenzal, a la que se debería llamar *catalana-provenzal*. Antes, los catalanes la recibieron de los árabes. Por si se le señala la falta de erudición árabe en la poesía provenzal, recuerda que tampoco hay huellas importantes de griegos y latinos, prácticamente desconocidos para la mayoría. El nombre de Alejandro les llegaría a los provenzales a través de los árabes.

Procede a estudiar JA la semejanza entre la Poesía provenzal y la poesía estrófica andalusí, tema debatido todavía por arabistas y romanistas. Los géneros poéticos son parecidos (poesía de amor, satírica, didascálica, diálogos y disputas...). El padre Pappon defiende que los provenzales escribieron romances luego olvidados

y que muchos de los romances franceses eran traducciones de estos. Franceses y provenzales tuvieron por maestros en las narraciones a los árabes. Salmasius cree que estos comunicaron a los españoles el amor por los romances, y que los españoles lo transmitieron al resto de Europa. Huet pretende, en cambio, que los romances son anteriores en Europa a la venida de los árabes. Para rebatir a Huet, JA acumula títulos de romances árabes: *Los suspiros de un amante*, *El jardín de los deseos*, o *los amores de Magenum y de Leila*, *El jardín del amante*... En la Biblioteca de El Escorial hay más y abundan entre ellos los romances caballerescos. Sin citar su título, alude JA a la *Chanson de Roland*, que cuenta una derrota de los franceses en el desfiladero de Roncesvalles: "Y el prevalecer en la misma Francia un romance tan glorioso a los españoles y poco honorífico a los franceses, no podía nacer más que de la preeminencia de antigüedad o del mérito que reconocían los franceses en los romances españoles." (I, 248-249)

El erudito francés Jean Lebeuf cree la obra, falsamente atribuida al arzobispo Turpín, de autor español. Refuerzan el origen árabe de los romances el hecho de que el padre Pappon, editor de las narraciones del *Fabulero francés*, afirme que muchas son orientales y que algunas ya figuran en *Las Mil y una noches*. JA recuerda que tales narraciones no llegaban a Francia desde Oriente, como fruto de las Cruzadas, ni de traducciones de obras griegas y latinas, como quiere Caylus (muy pocos franceses conocían el griego, y Esopo les llega por traducciones de sus fábulas al árabe), sino de las provincias occidentales, de los cercanos árabes de España. Se conservan en El Escorial libros de apólogos, fábulas y novelas instructivas e ingeniosas de Abu Navas, Alshancari o Abi Jali Mohamad Ebn Al Habarat. Recuerda también JA la *Disciplina clericalis* del aragonés Pedro Alfonso de Huesca / Moshe Sefardi y estudia con detenimiento las muchas traducciones existentes en España del *Calila e Dimna*. Si estas pruebas no bastaran, puede añadir la cuestión de la rima. Esta no existe en las poesías griega y latina. Pasó a través de los árabes a la poesía española, que la dio a los provenzales, y desde ellos llegó al resto de Europa. No acepta JA la idea de los maurinos y de Muratori de que el origen de la rima de la poesía vulgar esté en la poesía latina, pues juzga la rimas latinas posteriores a las vulgares. Tampoco cree que la rima provenga de los godos del norte europeo (no puede llegar la rima de los versos toscos de esas «bárbaras gentes»). En la Biblioteca de El Escorial hay

diccionarios árabes de rima, lo que demuestra su amor por la versificación, que se contagió luego a los cristianos.

La poesía provenzal es más parecida a la arábica que a la griega y la latina en asunto, cadencias y construcción de los versos. En sus tratados *Del Arte Métrica de los Árabes*, el Padre Felipe Guadagnoli y Fray Agapito del Valle ven más parecidos los versos árabes a los de los provenzales que éstos a los de italianos y latinos. Príncipes árabes y señores provenzales, también españoles, cultivaron la poesía. Juglares provenzales van por las ferias y los palacios de los señores, y ya aparecen en el *Poema de mio Cid*. Según Alfonso X, su padre amaba a los juglares. Las juglaresas aparecen ya citadas en las *Partidas*. Hay nombres en España para todo tipo de jugar, desde el más humilde al más sublime. JA cree que queda así probada la temprana aparición de la Poesía y el canto en España. El gusto de escribir en lengua vulgar llega a Europa desde la Provenza, estimulado por los árabes. Los príncipes europeos aprecian la poesía de los catalanes-provenzales y llaman a sus cortes a los trovadores. Los italianos reconocen su poesía como hija de la provenzal. Italia está llena de poetas provenzales y de italianos que poetizan como ellos. Según Pietro Bembo, los toscanos «hurtaron» versos de la poesía provenzal. Dante escribe poesía en provenzal, y en su *Purgatorio* (canto XXVI) aparece Arnaut Daniel, que forma una canción en tres lenguas: latín, italiano y provenzal. Boccaccio en su *Decamerón* aprovecha poemas, romances y novelas de provenzales, catalanes y franceses. También Petrarca «robó» a los poetas provenzales y a los autores de novelas catalanas, pues se le acusó de plagiar a cierto Mosen Jordi, valenciano, del que tradujo literalmente hasta cinco versos, que mezcló entre otros suyos, en los sonetos CL y CIII. Dedicó JA una detenida atención al misterioso problema del posible plagio cometido por el insigne autor del *Canzoniere*, llevándole sus pesquisas, de sabor detectivesco, hasta la familia valenciana de los March. (I, 261-267) Petrarca imita la poesía provenzal y la perfecciona siguiendo la poesía latina. No se desprecie con mofa la literatura arábica, pues dio paso a la provenzal. Los árabes despertaron en toda Europa el deseo de saber y el amor a las letras.

La cultura europea antes de la caída de Constantinopla

Se niega a aceptar JA que la oleada de griegos fugitivos llegada a Europa tras la caída de Constantinopla en poder de los turcos fuese la causa de la culturización europea. Para probarlo echará una ojeada a la cultura de las distintas naciones europeas antes de mayo de 1453.

A la altura del siglo X, se cultiva en los reinos cristianos de la Península Ibérica la Astronomía y la Aritmética, ciencias ignoradas en Europa; aún no se ha perdido del todo la poesía latina; domina el latín el cardenal Rodrigo Jiménez de Rada; Lucas de Tuy es excelente historiador; Alfonso X enseña a toda Europa a mirar a los astros, aunque sus obras no sean bien conocidas por los españoles.

En Inglaterra ya existen en el XIII poetas latinos; en ese siglo y en el siguiente abundan los matemáticos (Roberto Grosseteste, Atelardo Gotho, Daniel de Morley o Juan Halifax de Sacro-Bosco); se estudia a los clásicos; se avanza en medicina; la poesía vulgar cuenta con John Gower, «el Dante de Inglaterra», y con Chaucer; se erige en Oford la primera biblioteca pública de los tiempos modernos y surgen las primeras gramáticas griegas y hebreas. Pero luego llegan años de decadencia para las letras y las ciencias inglesas.

Gerberto de Aurillac, tras desplazarse en el siglo X a la Península Ibérica buscando aprender de físicos y matemáticos árabes, logrará fama por su saber en París, supuestamente la nación más culta de la Europa de entonces. En la Biblioteca del Louvre apenas existen libros de autores clásicos; el *Roman de la Rose*, en lengua vulgar, reduce su invención a "coger una rosa después de correr varios accidentes" y su versificación es inculta. Si Francia tampoco es la destinada a sacar a Europa de su ignorancia, en Alemania nada hay destacable con anterioridad a la invención de la imprenta.

En Italia el buen gusto renace en las Letras gracias a los toscanos Petrarca (*Cancionero*), Dante (*Divina Comedia*) y Boccaccio (*Decamerón*). Los escritos en vulgar se veían como entretenimientos de ociosos y los tres parecen avergonzados de sus "niñerías". Boccaccio ocultó por más de veinte años a Petrarca su *Decamerón*. Petrarca, por su superioridad al escribir en latín fue coronado en el Capitolio. En toda Italia se multiplican los poetas y se imita a los antiguos. Se lee a los autores romanos: a Petrarca gentes respetables lo llaman *magos* por leer a Virgilio. Colecciona y estudia códices, algunos desconocidos, y es el primero en formar una colección de medallas

antiguas. Pues es el verdadero padre de la literatura moderna en Europa, JA no entiende que se le crea sólo autor de canciones y sonetos, cuando él lo situaría al frente de Galileo, Descartes, Newton, Bossuet y Corneille. Boccaccio ama la erudición antigua y lee a los autores griegos. A él se debe la entrada del griego en Occidente, pues alojó en su casa al griego Leoncio Pilato, al que le solicitó una traducción al latín de los poemas de Homero y le logró cátedra en la Universidad de Florencia. Con Manuel Crisoloras penetrará más el griego en Italia. Son toscanos los Villani, primeros historiadores, Coluccio Salutati y Francesco Bruni, entre los escritores latinos. Y según Voltaire solía ser toscano el secretario pontificio en Avignon, siendo el papa francés. Pablo dall'Abaco usa probablemente las ecuaciones algebraicas y Leonardo de Pisa, toscano también, introduce en Italia el Álgebra de los árabes. Guido Aretino es reconocido padre de la Música moderna. Cimabue es «el Dante de la pintura». Por tanto, Florencia era una nueva Atenas antes de que los griegos huyeran a Italia tras la conquista otomana de Constantinopla. También Bolonia, Padua, Verona, Rímini, Nápoles, Milán y Mantua renuevan el antiguo esplendor de los griegos y aman los códices, los autores y los monumentos antiguos. Toda la nación italiana parece "militar bajo las banderas del Petrarca". Ensalza especialmente JA las universidades de Bolonia y Padua. Pintan esta gloriosa época para Italia Tiraboschi en su *Historia de la literatura italiana* y Bettinelli en *Resurgimiento de Italia en los estudios, en las artes y en las costumbres después del año mil*. Del panorama que recogen ambos JA procede a dar a continuación un ligero bosquejo. Palla Strozzi hace traer libros de Grecia para la escuela del griego Crisoloras. Pasa a aprender griego a Constantinopla Giovanni Aurispa, y envía a Sicilia libros sacros y profanos, con enfado de los griegos. También van a Grecia Guarini y Filelfo. Muestran gran amor a los libros Poggio, que los busca por toda Europa, y Nicolli, que en su gabinete tiene medallas, estatuas e inscripciones, y con 800 códices crea una Biblioteca pública (aunque los ingleses quieren ese honor para Ricardo Bury / Richard de Bury, creador de la Biblioteca de Oxford). Los Médicis de Florencia, los Este de Ferrara, los aragoneses de Nápoles, los Gonzaga de Mantua, los Visconti de Milán, todos buscan libros. Desentierra tesoros griegos y romanos Ciríaco de Ancona. Bracciolini, Biondo, Rucellai y Pomponio Leto buscan describir con exactitud Roma e Italia entera. Se estudia la literatura latina. Poetas, cortesanos hablan un latín pulido y elegante; los

que profesan las ciencias usan un latín rústico e inculto. Los gramáticos dan sus clases particulares de latín. Los literatos ilustran, editan, corrigen, anotan y comentan los libros latinos.

En toda Italia se ama el idioma griego. Abundan los italianos que viajan a Grecia y los griegos que, con motivo de los Concilios que buscan unificar las iglesias griega y latina, viajan a Italia, sintiéndose como en su casa, por oír hablar allí el griego con elocuencia. Los nobles venecianos reciben con arengas en griego al emperador Juan Paleólogo, que llega rodeado de griegos doctos. Ognibene de Longino pronuncia una oración en griego ante el cardenal Bessarión, que queda admirado de su elocuencia.

La toma de Constantinopla por los turcos supone la caída del Imperio de Oriente. Italia se llena, entonces, de griegos que huyeron de la ciudad con sus libros. Pero JA no ve razón para establecer la moderna literatura sobre las ruinas del Imperio griego. Fue muy poca la ventaja obtenida por las letras europeas a causa del infortunio de los griegos. Porque ¿cuál era el estado de las Letras griegas en 1453? El amor a las sutilezas frívolas y a la Dialéctica había arruinado la literatura griega, carente de eruditos. Casi nadie entre los griegos leía a Homero, Euclides, Platón o Aristóteles. Por entonces eran más cultos los latinos que los griegos. Es cierto que la venida de los griegos a Italia trajo un mejor conocimiento del griego (aunque muchos doctos lo cultivaban sin necesitar de su auxilio) y la difusión de la filosofía platónica.

Admite JA que el griego fue familiar en Italia gracias a las lecciones de Barlaam y Demetrio, a las escuelas públicas de Leoncio Pilato, Crisoloras y otros. Se introduce la filosofía platónica donde solo reinaba la Escolástica. Petrarca lee a Platón, al que se ve más como ejemplo que elocuencia que como filósofo. La filosofía de Aristóteles impera en toda la república literaria, pues desde que la adoptó Santo Tomás como compañera de su teología, se la canonizó, por lo que quien la abandonaba pecaba de impiedad e irreliación. Por no separarse del venerado maestro se aceptan sus errores y los de sus comentaristas arábigos. Se quiso mejorar el latín de las traducciones de Aristóteles y los tratados filosóficos, pero no corregir su doctrina o la de sus comentaristas.

La filosofía de Platón fue vista por el cristianismo inicial como más conforme con los sagrados misterios; en Constantinopla, en cambio, se olvidaron de Platón y

adoptaron a Aristóteles. Cuando los griegos llegan a Italia, Gemisto Pletón enseña a los Médicis su filosofía platónica y turba la autoridad del estagirita con *De la diferencia de la Filosofía de Platón y la de Aristóteles*, donde se burla del último y de sus seguidores. Impugnan su obra Jorge Escolari y Gennadio. Teodoro Gaza y Jorge de Trebisonda (*Paralelo de Platón y Aristóteles*), odian a Platón. El cardenal Bessarión (*In calumniatorem Platonis*) interviene en esta guerra filosófica, que se puede ver en el tomo III de las actas de las Academia de las Inscripciones y Bellas Letras parisina. Buscaron la paz Sinforiano Champier (*Synphonia Platonis cum Aristotele*) y Sebastián Fox Morcillo (*De natura philosophiae, seu de Platonis et Aristotelis consensione*). Mientras que a Platón sólo lo conocen los eruditos, a Aristóteles se le conoce en todas las escuelas públicas. Cosme de Médicis forma junta en Florencia para divulgar a Platón y se crea una Academia que mostró erudición filosófica y amor a los antiguos. Tal revolución fue debida a Gemisto Pletón, a Bessarión y a otros griegos. La filosofía europea tiene, pues, una deuda con la literatura griega.

Pero antes de 1453, recalca JA, los italianos ya viajaban a Grecia, algo que no pudieron seguir haciendo tras la ruina del Imperio griego. En el siglo XIV van a Italia Barlaam, Leoncio Pilato, Demetrio Cidones, Manuel Crisoloras, y viaja a Grecia el médico Pedro de Abano. Los italianos que pasaron a Grecia, como Filelfo, Aurispa, Guarini y Victorino de Feltre enviaron a Italia la sabiduría griega. Gemisto Pletón sólo vino al Concilio de Florencia y, enemigo de los latinos, se volvió enseguida a Grecia; en este concilio se dieron a conocer el cardenal Bessarión y la mayoría de los griegos que fomentaron la cultura griega en Italia. Los latinos del Concilio mostraron conocer los códices griegos tanto como los griegos. JA cree probada su tesis.

Echará a continuación una ojeada a la cultura existente en otras naciones europeas que intentan salir de la barbarie antes de 1453. En Alemania se estima a Petrarca y muchos alemanes pasan a Mantua, a las escuelas de Victorino de Feltre. Wessel va a Grecia y al volver a Alemania ya habla griego, latín y hebreo. Rodolfo Agricola también viaja a Italia, de donde vuelve erudito y hablando griego y latín. Otros, como Reuchlin y Tritemio / Trithheim también introducen el buen gusto en las regiones septentrionales.

La conflictiva Universidad de París, que atrae a los más combativos teólogos, no es la destinada a introducir en Francia las Bellas Letras, y tampoco la Bolonia

experta en Leyes. La corte papal de Aviñón será la encargada de llevar a Francia la cultura italiana. Allí suele vivir Petrarca, que viaja por toda Francia, donde halla siempre una acogida respetuosa. A raíz de la estancia del emperador griego durante dos años en París, a inicios del XV, Francia quiso saber griego. Entonces, los franceses van a Mantua para estudiar griego con Prendilacqua. A inicios de ese siglo es elegido prefecto de la Biblioteca Vaticana el francés Pedro Asalbiti, que será su director durante muchos años. Se enriquece la Biblioteca del Louvre con textos clásicos. Muchos fugitivos griegos se refugian en Francia. Así, las musas griegas vivirán en las escuelas de París hasta el siglo XVII.

España, en lucha con los sarracenos, sin bastantes escuelas públicas, envía sus alumnos a Bolonia y a París. Muchos españoles enseñan o aprenden en la Universidad de Bolonia, divulgando por Europa la rica literatura española. España no necesita originales griegos, porque cuenta con las traducciones arábigas. En el siglo XIV florece el anticuario Martín de Alpartil, inseparable del Antipapa Benedicto XIII. En el XV se fomentan las poesías latina, provenzal y castellana y se renueva la poesía latina. La provenzal se conserva con Jaume Roig y Ausiàs March. Alfonso del Madrigal, *El Tostado*, domina el griego, el hebreo y las antigüedades sacras y profanas, habiendo estudiado en Salamanca, sin maestros extranjeros y sin haber salido de España. Quiere dejar claro JA la falsedad del cliché de que antes de Nebrija sólo hubo "densas tinieblas" en España. Antes de Nebrija había ciencias sagradas y legales y amena literatura. En la corte de Juan II, rey aficionado a la cultura, abundan los escritores: Rodríguez del Padrón, Diego de San Pedro, Pérez de Guzmán, Mena, Enrique de Villena y el marqués de Santillana, al que muchos extranjeros visitan por su fama de sabio, y se editan varios Cancioneros. El rey Alfonso de Aragón es espléndido mecenas en España e Italia. Los españoles no desconocen las lenguas orientales: *El Tostado*, Rodrigo Jiménez de Rada y otros teólogos sabían griego y hebreo. Antes de Nebrija existía la erudición griega en España, como muestra Jiménez Muriel. Antes de Nebrija publica Fernández de Córdoba su *Paralelo de las dos Filosofías de Aristóteles y Platón*, y edita *De los animales* de Alberto Magno, con un catálogo en griego y en arábigo de todos los nombres de los animales. El latín también prosperó en España antes de Nebrija, con las traducciones y las gramáticas de Alfonso de Palencia, Juan de Pastrana y Juan Esteve de Valencia. En la

Universidad de Salamanca, Alfonso de Benavente escribe oraciones en alabanza de las ciencias y del modo de leer y estudiar, que aplaude Marineo Sículo. García de Meneses dice una oración latina ante el papa Sixto IV y el Sacro Colegio; admirado, Pomponio Leto exclama: "*Pater Sancte, ¿quis est ipse barbarus qui tam disserte loquitur?*". (I, 299) Los versos latinos de Leandro de Murcia hacen pensar en un Virgilio renacido. En Valencia se celebra un certamen en varias lenguas. Y todo esto antes de Nebrija. Pero reconoce JA que Nebrija hizo avanzar en el conocimiento del latín gracias a sus escuelas públicas de Sevilla y Salamanca y a sus escritos.

Mejoran las Ciencias Naturales y la Filosofía. Se estudian lenguas, se acopian libros antiguos, que se traducen y comentan. Leonardo de Pisa, Lucas de Borgo San-Sepolcro, el Cardenal de Cusa, Purchas, Walter y Regio Montano hacen rebrotar las Matemáticas. Mejoran las ciencias eclesiásticas, al comprenderse mejor a los Padres griegos y latinos y al obligar los Concilios de Constanza, Basilea, Ferrara y Florencia a conocer mejor las Escrituras, a los Santos Padres y a los escritores teológicos y canónicos, y a enfrentarse a las herejías de Juan Wiclef y Juan Hus, el problema de la legitimidad del papa y la verdadera antigüedad de la Iglesia. Destacan teólogos como Gerson, Cleranges, Zabarella, Juan de Segovia, Torquemada y Alfonso del Madrigal. Montaigne traduce del latín *Liber naturae sive creaturarum, etc.* y *Theologia Naturalis* del filósofo y médico catalán Ramón Sibiuda, al que apreciaba también Grocio.

Junto a la caída del Imperio griego, favoreció a la erudición griega la útil invención de la imprenta en Alemania. Las prensas editan códices por toda Europa. Los portugueses doblan el Cabo de Buena Esperanza, y los españoles descubren el Nuevo Mundo. Hombres nuevos, nuevas tierras, nuevos conocimientos, nuevo cielo: un nuevo mundo que traerá nuevas ideas en filosofía, ventajas a la Náutica, la Medicina, la Historia Natural, y en general a todas las Ciencias. Son sucesos y descubrimientos favorables al desarrollo de la Literatura. Los italianos, sin embargo, creen que el xv no es siglo feliz, sino mera sombra para que aparezcan con más luz el xiv y el xvi, siglo muy celebrado por sus amantes de las Bellas Letras.

LA LITERATURA DEL SIGLO XVI

El siglo XVI contempla hechos políticos y religiosos decisivos para la conformación de la futura Europa, como el descubrimiento de América y de la pólvora, las guerras entre Carlos V y Francisco I y la Reforma protestante. En lo literario y artístico constituye un siglo de Oro, en el que los humanistas descubren reliquias de la Antigüedad; son los "dichosos tiempos" de los Ariostos, Tassos, Guarinis, Perpiñanes, Agustines, Canos y Copérmicos. Por eso se sorprende JA de que los filósofos de su tiempo desprecien este siglo por creerlo carente de crítica, filosofía y libertad de entendimiento, cuando en este siglo vivieron Sannazzaro, Fracastoro, Castiglione y Flaminio, y toda Italia vivió una intensa vida cultural. No debe llamársele, sin embargo, «siglo de León X», ya que como mecenas destacan más los príncipes italianos: los Medicis, los Gonzaga y, sobre todo, los Este: la corte de Urbino y la Universidad de Ferrara hacen una labor tal, que habría que llamar al XVI «Siglo de los Este»; con ellos avanzaron la poesía y el teatro (Grimaldi, Ariosto, Tasso, Beccari, Guarini, Lollo), la astronomía (Celio Calcagnini), la medicina (Brassasola, Canani, Manardi) y la botánica.

Los poetas de toda Europa escriben poesía en latín: el horaciano Marc-Antoine Muret; el Esteban Manuel de Villegas de la segunda parte de *Eróticas o Amatorias*, donde imita a Horacio, Propercio, Tibulo, Ausonio y Marcial; el valenciano Jaime Juan Falcó de *Ópera Poética*; el polaco Szymon Szymonowicz / Simón Simónide; y los italianos Pontano, Sannazzaro, Fracastoro, Castiglione, Navagero y Vida.

En la poesía en lengua vulgar brillan los poemas épicos de Camoens, Ariosto y Tasso; en el drama destacan Shakespeare, Jonhson y Fletcher. No aprecia JA las tragedias y las comedias de los italianos Trissino, Rucellai, Giraldi y Ariosto, o de los españoles Cristóbal de Virués y Jerónimo Bermúdez; prefiere la dramática pastoril: *Aminta* de Tasso y *El pastor fiel* de Guarini. Antes que por las poesías de Sannazzaro o las églogas de Garcilaso, que juzga "algo duras y desaliñadas", opta por la poesía didascálica de Alamanni y Rucellai, seguidores de Virgilio. Italianos como Constanzo y Giovanni della Casa y españoles como fray Luis de León, Villegas y los hermanos Argensola componen canciones y sonetos. No está de acuerdo JA con Condillac, quien en su *Curso de estudios* afirmó que el vulgar avanzó este siglo lentamente frente al latín excepto en Italia. Pues en Francia escriben Clément Marot y Ronsard, y en España, Garcilaso, fray Luis de León, Pérez de Oliva, fray Luis de Granada, los

Argensola, Zurita, Morales y Cervantes. España e Italia tienen en el XVI su «siglo de oro», por lo que no cabe tachar a este siglo de *rústico* y *bárbaro*. Aún se leen las arengas en latín de Muret y del ilicitano Pedro Juan Perpiñá, las historias en latín de Maffei y del padre Mariana, los diálogos de Vives, Erasmo, Pontano, Sadoletto y Osorio Fonseca. Lánguida juzga, sin embargo, la oratoria de Giovanni della Casa, Federico Badoaro y fray Luis de Granada. En elocuencia académica destaca a Pérez de Oliva, Lolli, Sperone Speroni degli Alvarotti, Castiglione y Ribadeneyra. Juzga prolijos y partidistas a los historiadores Zurita, Maquiavelo y Guicciardini. Entre los anticuarios destaca a Sigonio, Orsini, Panvinio, Budé, al canonista Antonio Agustín y al dominico Alfonso Chacón; entre los cronólogos, a Julio César Escaligero; entre los geógrafos, a Mercator y Ortelio. Escriben excelentes epístolas Bonfadio y Verónica Gámbara.

Si cree injustificado «el dulce éxtasis» de los que nombran el XVI, siglo al que halla todavía escaso en cuanto a cultura, elegante simplicidad y ligereza de estilo, no tiene duda alguna del error de los filósofos de su tiempo que olvidan los importantes avances científicos que se deben a este siglo. Hay matemáticos como Maurolico, Commadino, Clavio, Cardano, Bombelli o Viète, que extiende el Álgebra y el cálculo diferencial, y el cultivo de las Matemáticas permite en todas las ciencias "la exactitud en el pensar, la precisión de las ideas y el método severo". Hay astrónomos de la talla de Copérnico y Tycho Brahe, que permiten el avance de la geografía. Tartaglia crea la Balística; Guidobaldo y Stevin, la Mecánica; progresan la Óptica, con Maurolico y Porta; la perspectiva, con Durero; y el «espíritu geométrico» con Pedro Borgo San-Sepolcro y Daniel Barbaro.

En Filosofía se abandona la Escolástica. Fabro, Ramus y Telesio purgan al aristotelismo de sus defectos. Gómez Pereira en su *Antoniana Margarita* crea "el sistema de las almas de las bestias" antes que los cartesianos. A pesar de pensar geométricamente, lamenta JA que se entregaran a extravagantes fantasías Cardano o Giordano Bruno —quien habló de la pluralidad de los mundos y los sistemas solares, del heliocentrismo, de la infinitud del espacio y el Universo, y negó la virginidad de María y la Transubstanciación—. Más prudente, Pedro Monzón sigue a Platón y enseña Aritmética y Geometría antes de estudiar Filosofía; de la geometría muchos pasan a las especulaciones físicas, y al final del siglo nace una nueva Física con

Galileo. Pomponacio y Cremonino tratan de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Nacen la Pneumatología o Neumática (para investigar a Dios, las almas y las substancias simples) y una nueva Metafísica. Inventa una nueva moral Montaigne. Se traduce a Aristóteles y a Dioscórides. En Salamanca Hernán Núñez de Toledo / *el Pinciano* estudia a Plinio.

Portugueses y españoles descubren las dos Indias y proceden a estudiar sus mundos naturales el portugués García de Orta (*Tractado de las drogas y medicinas de las Indias orientales*) y los españoles Gonzalo de Oviedo, Francisco Hernández de Toledo y el Padre José de Acosta (*Historia natural y moral de las Indias*); Rondelet escribirá sobre peces, Cesalpino, sobre plantas, Mattioli es autor de *De morbo gallico*. Admira JA a Gesner, que sabe de medicina, botánica e historia natural. Se crean Gabinetes de Historia Natural y Jardines Botánicos, como el del Museo Vaticano, dirigido por el físico y médico Michele Mercati (*Metallothea Vaticana*).

Restauran la Anatomía médicos como Achillini, Berengario da Carpi, Gonthier, Fernel, Laguna e Ingrassia. Alza JA a Vesalio, creador de la Anatomía moderna, sobre Copérnico, Galileo y Torricelli. De su escuela saldrán Falopio (*Observatione anatomicae*) y Eustaquio. En las universidades se crean «teatros anatómicos» y aparece «un hombre nuevo» desconocido hasta entonces.

Los avances en Historia Natural, Botánica y Anatomía traen progresos en Medicina y Cirugía. Se comenta a Hipócrates y Galeno y se estudia el mal venéreo. Son célebres médicos y cirujanos Brassavola, Mercuriale, Vallés, médico de cámara de Felipe II y creador de la anatomía patológica moderna, Paré y Acquapendente.

En Jurisprudencia, conocen mejor el Derecho Romano Alciato, Goveano, Antonio Agustín y Jacques Cujas. Corrigen el Derecho romano Poliziano, Bologni y Torelli. La Europa dividida por la Reforma protestante se dedica a estudiar el olvidado Derecho canónico, y Antonio Agustín, admirado por JA, interviene en la corrección de los errores del Decreto de Graciano, padre del Derecho Canónico del siglo XII.

Estudian a fondo la Sagrada Escritura eruditos católicos y protestantes, se editan Biblias Políglotas, como la Complutense de Cisneros, se multiplican las traducciones latinas sobre textos en hebreo y griego, comentan la Biblia Ribera de Villacastín, Juan de Pineda, Pereira, Cardillo de Villalpando, Maldonado y Mariana.

Mientras que Lutero, Calvino y los otros herejes tienen como única regla de su creencia la Biblia explicada "caprichosamente según el espíritu privado del lector", los católicos, desconfiando de sus propias luces, prefieren fiarse de los Padres antiguos y de las decisiones de papas y concilios; por eso se dan a editar y a traducir a los Padres griegos y latinos, y a coleccionar concilios y epístolas pontificias.

En Teología destacan Francisco de Vitoria, inspirador de la Escuela de Salamanca, Melchor Cano (*De Locis Theologicis*), Domingo Soto, Gregorio de Valencia, Juan Maldonado, Francisco Suárez (*Disputationes metaphysicae*) y Gabriel Vázquez. Excelente defensa del catolicismo frente al protestantismo son las controversias del jesuita Roberto Belarmino (*Disputationes de controversiis christianae fidei adversus hujus temporis haereticos*). En Historia eclesiástica, Surio y Lipomano introducen la crítica en las vidas de santos, el cardenal Baronio escribe su *Martyrologium Romanum*, y Panvinio y Chacón, sus vidas de los Papas. Hacen una completa Historia eclesiástica los luteranos de Magdeburgo autores de las *Centuriae Magdeburgenses*, iniciadas en 1560 y continuadas durante el XVII, obra redactada "con maliciosa libertad, con eruditas mentiras y con malignidad ingeniosa, confirmó en la creencia a sus secuaces, y logró nuevos partidarios entre los católicos". (I, 325) El cardenal Baronio, «verdadero padre de la Historia Eclesiástica», supo combatir esta «calumniosa e infiel» historia en sus *Anales Eclesiásticos*. Destaca también JA a Budé y a los dos Chacones, Pedro y Alfonso.

¿Puede un siglo que dio tales nombres a la literatura, en latín y en lengua vulgar, ser despreciado por los filósofos del XVIII? Aunque falto de «buenos ejemplares» en Historia y en Elocuencia, y aun sin ser el mejor siglo en cuanto a las Bellas Letras, JA le otorga un lugar distinguido en la historia de la Literatura.

La literatura del siglo XVII

Frente a quienes desprecian el siglo XVII como siglo ignorante y bárbaro, JA lo juzga útil para las letras y «las Ciencias serias», bastando para su defensa mencionar nombres como los de Galileo, Bacon, Descartes, Newton, Leibniz, Petavio, Mabillon, Vossio, Bossuet, Corneille y Racine, y la renovación que supusieron "los telescopios, microscopios, barómetros, termómetros, la máquina eléctrica, neumática...". El XVII

es el siglo de los logaritmos, del cálculo diferencial y de utilísimos descubrimientos físicos y matemáticos. Comparte JA con Voltaire que durante este siglo Europa adquirió más luces que en todas las edades precedentes.

Comienza su repaso del siglo por Italia y España. Los italianos, que adoran su siglo XVI, desprecian el XVII incomprensiblemente, pues cuentan con Galileo, Torricelli, Segneri, Davila, Bentivoglio, Redi y Magalotti. Si los poetas barrocos Marino, Achillini y Pretti dañaron la poesía, poetas como Chiabrera, Tassoni, Redi, Magalotti, Filicaia y Guidi supieron rescatarla. En España, bajo los Austrias menores los autores corrompen el estilo con agudezas, afectación y oscuridad. Cree JA que no caen en los defectos barrocos Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache, el Conde Bernardino de Rebolledo (*Selva militar y política*), Cascales (*Tablas poéticas*), Lucas Cortés, el genealogista Luis de Salazar y Castro, Pellicer y Saforcada (*Ensayo de una bibliotheca de traductores españoles*) y el historiador y dramaturgo Antonio de Solís y Rivadeneyra (*Historia de la conquista de México, población y progresos de la América septentrional, conocida con el nombre de Nueva España*). A pesar de sus defectos, las letras italianas y españolas durante el XVII hicieron progresos importantes.

Francia superó luego a italianos y españoles con sus oradores sagrados (Bourdaloue, Bossuet, Fléchier) y forenses (Lemaître, Patrou, Pelisson), con el *Discurso sobre la Historia Universal* de Bossuet, las *Cartas provinciales* de Pascal, el *Telémaco* de Fénelon, las novelas de la Scudéry y de la condesa de La Fayette, la *Historia Universal* de Thou (*Historia mei temporis*), las *Revoluciones de Orleans* de Rigault, el teatro de Corneille, Racine y Molière, las fábulas de La Fontaine y el *Arte Poética* y *El Fascistol* de Boileau.

No deja por ello de elogiar obras famosas de los italianos como la traducción de *La Eneida* en endecasílabos sueltos de Caro y la de Marchetti de *De Rerum Natura* de Lucrecio; el poema geórgico *El cultivo* del agrónomo florentino Alamanni; el poema heroico-cómico *El cubo robado* de Tassoni; las sátiras de Ariosto y Manzini y los sermones de Segneri. Aunque los franceses sean superiores en las Bellas Letras, el XVII italiano merece más alabanza que la que se le concede en Italia.

En el XVII la cultura se propagó por toda Europa. La literatura inglesa cuenta con Ben Johnson, Fletcher y Shakespeare. A Milton (*Paraíso perdido*) le perjudicó su

"unión con los fanáticos, el amor a las disputas teológicas y el espíritu polémico". A Dryden, tan alabado por Voltaire, JA lo cree "un ingenio corrompido por la indecencia y por el mal gusto". Menciona los nombres de Otway, el duque de Buckingham, el Marqués de Hallifax, el Conde de Clarendon y el Arzobispo Tillotson, entre otros. En el foro inglés destacan Hallifax, Shaftesbury, Walpole y Pitt. Voltaire pone de moda en Francia el teatro inglés, en concreto el teatro de sangre y horror de Shakespeare, mientras se desdeña al teatro español, antaño triunfador en Europa. En desacuerdo con ese desdén, JA procede a realizar un detenido cotejo de ambos teatros. (I, 339-343) Tras señalar los defectos en que ambas dramaturgias coinciden, defiende los aciertos del tan denostado teatro español de Lope, Guillén de Castro, Calderón, Rojas Zorrilla y Moreto, sin el cual no habrían podido surgir Corneille, Racine y Molière.

Denomina JA al xvii «el siglo de las Ciencias». Surgen ciencias nuevas y las conocidas revelan un Cielo, una Tierra y una Naturaleza distintos. El monje benedictino de San Mauro Jean Mabillon crea en el xvii la Diplomática, luego cultivada por Maffei. La Crítica se desarrolla gracias a Le Clerc y a Du Pin, que forman un *Arte Crítica*. La Cronología, iniciada en el xvi, se perfecciona con las obras del jesuita francés Petavio / Denis Pétau y del dublinés Ussher, que en *Los anales del "Antiguo Testamento"* se atreve a fechar la creación de la Tierra, la expulsión de Adán y Eva del Paraíso y el Diluvio Universal. Explica la antigua Geografía el geógrafo y arqueólogo alemán Philipp Clüver (*Germania Antiqua, Siciliae Antiquae, Sardinia e Corsica Antiqua*) y Andrea Cellario. En Geografía Sagrada destacan Samuel Bochart y Carlos de San-Paulo. Lucas Holstein inicia la Geografía Eclesiástica.

El ingeniero y mariscal francés Sébastien Le Prestre, Señor de Vauban, da forma científica al arte de la fortificación militar, en el que los españoles eran expertos. El lexicógrafo e Inspector General de Manufacturas Jacques Savary des Brûlons da su *Diccionario universal de comercio*. En Náutica, el Padre Pardies reduce a exacto cálculo la construcción de las naves.

También progresa la Anticuaria en el xvii gracias a Casaubon, Heinsius, Meursius, Spanhemio y Fabretti. Estudian la música antigua Meibom y Doni. Huet publica su *Historia del comercio y de la navegación de los antiguos*. No cesan de aparecer

coleccionas de medallas e inscripciones y Grevio y Gronovio entregan sus vastas recopilaciones de tratados de antigüedades. En Antigüedades eclesiásticas investigan Holstein, Scheltrat, Ciampini y Bacchini. Los eruditos extienden su curiosidad hacia Arabia, Persia, Egipto y China: son orientalistas famosos el prelado y viajero inglés Pocke, precursor de antropólogos y egiptólogos, Barthélemy d'Herbelot y el teólogo Hottinger. Los misioneros jesuitas abren a Europa la China, África y Asia.

La Metafísica nace en el XVII con las *Meditaciones metafísicas* de Descartes, y luego la fundamentan Malebranche, Locke y Leibniz. También nace en este siglo la Lógica, gracias al camino que le abrió el *Órgano / Novum organum* de Bacon, bien distinto del aristotélico. Gassendi, Descartes y los otros lógicos parecen dirigir al entendimiento humano en busca de la verdad y el correcto tratamiento de las cuestiones filosóficas. Lamenta JA que tales estudios llevasen al cartesiano Espinosa / Spinoza al panteísmo; y es que la inclinación a las sutilezas metafísicas, tan del gusto de Pierre Bayle, producen en los «falsos filósofos» el espíritu de irreligión; muchos piensan que por atacar al cristianismo serán tomados por "sutiles especuladores y sublimes filósofos". Hay, en cambio, filósofos que defienden el cristianismo con las mismas armas metafísicas: Abadie, Cudworth, Leibniz o Clarke, el autor de *Demostración de la existencia y de los atributos de Dios*, donde planta cara a Hobbes, Spinoza y Toland.

También nacen en el XVII las nuevas ciencias del Derecho y la Moral gracias a Grocio, Hobbes, Selden, Pufendorf, Barbeyrac y Cumberland, que estudian con originalidad el derecho natural y de gentes. En los estudios eclesiásticos destacan los jesuitas Petavio, al que llama JA «el Newton de la Teología», y Sirmond. Utilizando a los Padres de la Iglesia, atacan los dogmas católicos Dale, Rivet y otros heterodoxos, aunque Natal Alejandro defendió de estos al catolicismo usando la *Historia Eclesiástica* como escudo. En su *Aviso a los protestantes sobre las cartas del ministro Jurieu*, Bossuet supo sacar partido de la elocuencia y la lógica para la controversia teológica, al igual que Huet (*Demostración Evangélica, Cuestiones Alnetanas*). Aunque JA detesta muchas opiniones de los jansenistas Arnauld y Nicole, los autores de la Lógica de Port-Royal, y de Pascal, confiesa que lo admiran "el orden, el método y la nueva forma que ellos dieron a las cuestiones teológicas".

El intento de reunificar las Iglesias griega y romana llevó a hacer averiguaciones eclesiásticas a Arcudio, Allacci y Sirmond. Pagi lleva a cabo una severa y exacta crítica de los *Anales* del cardenal Baronio. Natal Alejandro ilustra a la vez con nuevo método Historia, Teología y disciplina canónica. Aplican la Crítica a la Historia Eclesiástica Tillemont, Baillet y Ruinart (*Las Verdaderas Actas de los Mártires*), Graveson, Godeau y Fleury. Rosweyde, de Amberes, idea la vasta empresa de elaborar las vidas de los santos (*Fasti sanctorum*), idea que ejecutarán el padre Bolland, junto a Henschen y Papenbroeck, y luego continuarán los bolandistas. Aparece la vasta colección de concilios de Labbé y Cossart. El jesuita Hardouin edita con primor a los Santos Padres. Las obras litúrgicas de Martène, Bona y Gavanti demuestran que se abordan todos los ramos de la disciplina eclesiástica. Se editan Biblias políglotas. El jesuita Cornelio a Lapide, relacionado con la Universidad de Lovaina, comenta los Evangelios y Menocchio, la Biblia. Juan Bautista Villalpando y Jerónimo de Prado describen el templo y la ciudad de Jerusalén delineada por Ezequiel. Samuel Bochart estudia los animales de la Biblia (*Hieroicoicon*). Richard Simon da su *Historia crítica del Viejo Testamento*. Subraya JA el feliz nacimiento a principios del XVII de los diarios literarios y de las academias, que tanto influirán en la cultura moderna.

La literatura del siglo XVIII

Traza JA un mapa del óptimo panorama de las Bellas Letras y las Ciencias de las diversas naciones europeas en los comienzos del XVIII. De los españoles destaca al benedictino fray José Sáenz de Aguirre, al Marqués de Mondéjar, al erudito Juan de Ferreras y García (*Synopsis histórica chronológica de España*) y al mercedario José Manuel Miñana, que narró las luchas en Valencia durante la guerra de Sucesión española y continuó la historia de España del padre Mariana.

Luego observa la existencia en el siglo de dos partidos en lucha: el de los que aman la Religión y el de los libertinos. Y se pregunta si merece alabanza un siglo poblado de enemigos de la Religión. Confiesa que intentará ser imparcial, separando Religión y literatura; por eso no entiende que no se pueda "desear el fino gusto de

Voltaire, la elocuencia de Rousseau y la erudición de Ferri antes que los talentos medianos de gran parte de sus contrarios". (I, 360)

El XVIII es un siglo «ilustrado», «filosófico», «iluminado», pues en toda Europa se combaten las tinieblas de la ignorancia. España tiene en Ciencias a Feijoo, a Jorge Juan y a Antonio de Ulloa, y en las Bellas Letras, a Luzán, Montiano y Luyando, los hermanos Gregorio y Juan Antonio Mayans, Manuel Martí, Enrique Flórez, Pérez Bayer y los franciscanos Rafael y Pedro Rodríguez Mohedano. Alemania cuenta con Heinecio / Johannes Heineccius, Euler, los Bernoulli, Klopstock y Winckelmann; Holanda, con Herman Boerhaave; Inglaterra, con Pope, Addison, Richardson, Hume, Robertson, Congreve y Swift; Italia, con Gravina, Apostolo Zeno, Muratori, Maffei, Zanotti, Algarotti, Passeri, Lagrange, Volta y Spallanzani; Francia, con Fontenelle, Maupertius, Nollet, Buffon y Bailly. Las luces se han propagado también por Asia y América: se fundaron la Academia científica de Batavia y la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia, donde descuella Benjamin Franklin; en América, el jesuita criollo mejicano Francisco Xavier Clavijero publicó una excelente *Historia antigua de México*.

Se pregunta JA si el adjetivo «filosófico» se le aplica al XVIII en serio o por burla, y se responde que en ambos casos le conviene. Si por un lado abundan los irreligiosos, por otro se generalizó un loable espíritu filosófico que exige ideas claras y distintas sometidas a un examen riguroso (aunque la Filosofía quiera entrometerse a veces abusivamente en todas las materias). Se crean "los observatorios astronómicos, los gabinetes de Física experimental, los laboratorios químicos, los jardines botánicos, los teatros anatómicos y los museos de antigüedades y de Historia Natural". (I, 365) En los púlpitos se desterró la oratoria barroca. En teatro, se censura el desorden, la falta de reglas y el excesivo tragicismo.

Por su parte, las Ciencias avanzan a pasos lentos pero seguros. Después del *Traité de la Théorie de la Musique* de Sauveur, la Música mereció la atención de Martini, Tartini, Rameau, Euler, D'Alembert, Lagrange, el conde Riccati y el musicólogo, matemático y filósofo ex jesuita Antonio Eximeno.

El siglo XVIII ve multiplicarse las academias y las sociedades económicas y nacer nuevas ciencias como la Política Económica, con Duhamel du

Monceau, Bertrand, Jerónimo de Ustáriz y Hermiaga (*Theórica y práctica de Comercio y de Marina*), Condillac y Jacques Necker, padre de Madame de Staël.

Las Ciencias sagradas son poco apreciadas en el XVIII. Aunque no podrá llamarse «el siglo de los teólogos», se produce más doctrina sólida que antes. Maffei escribe, a instancias de los jesuitas y para oponerse a los jansenistas, *La Historia de la Gracia / Istoria teologica delle doctrine e delle opinione corse ne cinque primo secoli della chiesa in proposito della divina grazia, del libero arbitrio e della predestinazione*, y en su museo de Verona muestra las antigüedades como una fuente más de doctrinas teológicas, ejemplo que seguirán el jesuita Zaccaria y el español Gener, quien halla otro lugar teológico en las *Actas de los mártires*. Destaca en Derecho Canónico el jurista Van Espen. Entre los pocos que comentan la Biblia en el siglo señala a Calmet (*Historia del Antiguo y Nuevo Testamento y de los judíos*).

Destacan en Jurisprudencia, Gravina, Heinecio, Meerman, Gregorio Mayans y el jesuita Finestres, que dan nuevas luces al Derecho Romano. Abordan el Derecho Natural Montesquieu y Wolf.

Celebra JA que florezca la Anticuaria, que cada día salgan a la luz ilustraciones de medallas, inscripciones y bajorrelieves, y que se creen gabinetes, museos y colecciones diversas. El arqueólogo Furietti estudia los mosaicos, Buonarroti escribe sobre vasos y vidrios romanos. Las antigüedades etruscas las estudian Maffei, el sacerdote Gori, la Academia de Cortona, la editora de la edición italiana de *L'Encyclopédie* y de las obras del gran historiador y arqueólogo Winckelmann; se estudia el idioma etrusco y el erudito Passeri reconstruye la Música y la Filosofía etruscas. En antigüedades egipcias destacan Dupuis, el orientalista Guignes, el Conde de Caylus, Scholtz (*Grammatica Aegyptiaca*) y Woide. El docto valenciano Francisco Pérez Bayer, filólogo, numismático y jurista, estudia el alfabeto fenicio (*Del Alfabeto y Lengua de los Fenices, y de sus colonias*) y se atreve con la antigua lengua española, que se resistió al epigrafista, helenista, y arqueólogo Manuel Martí. Georgi de Rimini culmina con su voluminoso *Alphabetum Tibetanum* las pesquisas anteriores de Pérez Bayer y los hermanos Étienne Fourmont. Pérez Bayer estudia a escitas, vénetos y diversos pueblos septentrionales; el jesuita Clavijero, las antigüedades mexicanas, y América, que solo interesaba a políticos y a naturalistas, interesa ya a los anticuarios.

Sueña JA con superar la visión de la Antigüedad que dio el maurino Montfaucon y la ofrecida por Bianchini en su *Historia Universal / La Istoria Universale Provata con Monumenti, e figurata con simboli degli Antichi*. Son creación del siglo XVIII la Academia de Buenas Letras de París y la Academia de Cortona, entre otras. Juzga JA inmortales a los anticuarios Caylus y Winckelmann, que hicieron su arte respetable ante los que, como tantos enciclopedistas, dicen despreciar «la pedantería erudita». Destaca JA el famoso desenterramiento de las ciudades de Herculano, Pompeya y Velleia, «las Indias de los anticuarios» del siglo. Se descubren también en el XVIII numerosos monumentos medievales, haciendo cada vez más familiares aquellos siglos oscuros.

Da a continuación JA una panorámica de las Bellas Letras en el siglo XVIII, y señala su inquietud ante los síntomas de una posible corrupción. El Teatro avanzó con las tragedias de Crébillon y Voltaire, las óperas de Apostolo Zeno y Metastasio, el *Catón* de Addison, la *Merope* de Maffei y la «comedia lacrimógena» o «tragedia lastimosa». En poesía, cree novedosos los idilios y el pequeño poema *Muerte de Abel* del suizo Gessner y las odas de Haller. Francia tiene poetas líricos de la talla de Rousseau, Gresset, Voltaire y Dorat, y en Italia destacan Manfredi, Zanotti, Frugoni, Bettinelli, Bondi y Parini. Avanza la Elocuencia sagrada con Massillon, el jesuita Neuville, Soave, el abate Venini, Hermann, Gallo y Bocanegra. Se oye una nueva oratoria forense gracias a d'Aguesseau, Cochin, el abad Terrason y Linguet. La que más progresa a juicio de JA es la elocuencia didascálica, capaz de presentar con gracia hasta el Cálculo y otras ciencias más abstrusas, siendo el mejor ejemplo el Fontenelle de la *Historia de la Academia de las Ciencias*. Se leen la *Historia Natural* de Buffon y la *Astronomía* de Bailly "como si se oyese un romance o un poema". De los ingleses le agradan la poesía de Pope y la prosa de Addison, y más sus historiadores Hume, Robertson y Gibbon. El abate Raynal (*Historia de las dos Indias*) propone un nuevo modelo de historiar, con un estilo lleno de imaginación, aunque con defectos como la afectación, una filosófica altanería y una pretendida superioridad. Voltaire habría dado una modélica *Historia Universal / Abrégé de l'Histoire Universelle depuis Charlemagne jusques à Charlequint*, si se hubiera sujetado a la verdad y al estilo grave que precisa el historiador. Robert Henry y Anquetil-Duperron muestran bajo un

aspecto filosófico los sucesos históricos. Cree JA que la Historia ha sido la que más avanzó en el XVIII entre las Bellas Letras.

Le parecen inútiles los intentos de Algarotti, Voltaire y D'Alambert por desacreditar el latín, dado su escaso uso. Pero cree que el siglo XVIII será el siglo en que más feliz cultivo tendrá esta lengua. Alude a *Satyromastix*, sátira en latín que dirigió, con el pseudónimo Q. Sectano, el deán Manuel Martí contra monseñor Segardi. Usan el latín, entre otros, los jesuitas Ceva y Noceti, autor de los poemas científicos *De aurora boreal carmina* y *L'iride*; el cardenal Melchior de Polignac, que combate la filosofía de Lucrecio con su *Anti-Lucretius, sive De Deo et Natura*; Stay, que se inspira para sus versos en los sistemas cartesiano y newtoniano, y Zanotti. Entre los historiadores en latín destaca a Florentini, al jesuita Lagomarsini y a Panotti. Ferrari estudia las inscripciones latinas y Morcelli enseña el arte de hacerlas. Son interesantes las vidas latinas de Fabroni (*Vitae Italorum doctrina excellentium qui saeculis XVII et XVIII floruerunt*).

La prosa del XVIII suele ser oscura y pretenciosa, y abunda en frías antítesis y juegos de palabras para ostentar ingenio y no decir nada al cabo. El contagioso "estilo espíritoso y filosófico" francés fue acogido por el resto de naciones, contra "el buen juicio y el fino gusto de escribir y pensar". Ante tal contagio general de *esprit*, fanatismo, arrogancia y desatino, se pregunta perplejo JA si en las Bellas Letras acabará venciendo el buen gusto representado por Buffon, Denina, Tiraboschi, la periodista Élie Fréron, Pompignan, Palisot y el barón de Beauvois. El mal gusto dominante le hace temer lo peor. El que conoce la Antigüedad es llamado *pedante*, y pocos saben griego y latín. Heredero directo de los humanistas del XVI, JA cree que obligando a leer en latín se mantendría el buen gusto en la escritura, ya que no son incompatibles la perfección en la elocuencia vulgar y el estudio de la Antigüedad. Ignorar a los antiguos condena a una nación a "la hinchazón, afectación y corrompimiento de todo buen gusto". Aunque no quiere tomar partido en la famosa Querrela entre antiguos y modernos, afirma que los últimos no pueden suplir el magisterio de aquéllos. En vez de la frívola ostentación de ingenio y brío que se nota en el "estilo espíritoso" del pensamiento escéptico y libertino y el filosofismo irreligioso, que busca el aplauso popular, cree menester el neoclásico JA buen juicio, cordura, moderación, corrección, sobriedad, prudencia y sensatez.

El siglo XVIII impulsa también la Historia literaria, la Bibliografía y todo fomento de las letras. Destaca JA la obra *Historia literaria de Francia* del benedictino Clemencet, continuada por Rivet de la Grange y Clément. Los cordobeses Rodríguez Mohedano están dando una ambiciosa *Historia literaria de España*, que le parece a JA obra imposible de hacer por solo dos hombres. Tiraboschi aportó su monumental *Historia de la literatura italiana*. Se hacen historias de las literaturas nacionales, prestando especial atención a la poesía: Thomas Warton estudia la inglesa; el Padre Martín Sarmiento, la española (*Memorias para la Historia de la poesía y poetas españoles*); la francesa daría para una pequeña biblioteca; Land Amnan estudia el eco de la literatura griega en la poesía sueca.

Luego cita JA una serie de obras que consultó para redactar su *Origen: Historia de las matemáticas* de Montucla; *Historia de la Astronomía moderna* de Bailly; *Historia de la Filosofía* de Johan Brucker, "monumento de un infatigable trabajo y de una erudición infinita"; *Historia de la Jurisprudencia Romana* de Terrason; *Historia de la Anatomía y la Cirugía* de Portal; *Historia crítica de los teatros antiguos y modernos* de Napoli-Signoreli.

El bibliógrafo que es JA destaca el auxilio que aportan a los literatos las eruditas bibliotecas de Fabricius (*Bibliotheca Graeca*, *Bibliotheca ecclesiastica*, etc.); el *Catálogo de los libros de la Biblioteca Laurenciana* de Bandinio; la *Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis* de Casiri. Existen en toda Europa numerosos catálogos de sus ricas bibliotecas públicas y privadas (como las de Gregorio Mayans y Pedro Antonio de Crevenna), pero JA subraya el mérito de la *Bibliotheca bibliothecarum manuscriptorum nova* de Montfaucon, valiosa mina de información que recoge más de doscientos catálogos, inventarios, listas y descripciones de manuscritos de casi cien bibliotecas, sobre todo francesas e italianas.

Consigna JA los Diccionarios, que hacen "más cómoda y desidiosa" la vida de los literatos: *A Medicinal Dictionary* de James; el de Matemáticas de Savérien; el *Dictionnaire raisonné universel d'histoire naturelle* de Valmont de Bomare; el *Dictionnaire de Physique portatif* de Paulian; el *Dictionnaire de Musique* de Rousseau. Pero JA destaca sobre todos ellos dos "clásicos y magistrales": la *Cyclopaedia o Diccionario Universal de Artes y Ciencias* de Chambers, y el *Diccionario Enciclopédico /*

L'Encyclopédie de Diderot y D'Alambert, obra injustamente perseguida y excesivamente alabada.

SOBRE EL FUTURO DE LA LITERATURA

No le agrada a JA la intromisión del espíritu geométrico en materias que no lo exigen, como la literatura (aunque a menudo se sienta tentado por el mismo), y por eso bromea sobre la aplicación de imágenes geométricas al progreso de la Literatura que intentan Boscovich, Tiraboschi y Algarotti. En tono desdeñoso, habla del pronóstico geométrico del astrónomo jesuita Boscovich, que, "haciendo el astrólogo", muestra por medio de una curva asíntota, las elevaciones y decadencias de las letras: cuando la literatura llegue a lo más alto, no podrá sino decaer. No comparte con Tiraboschi que la curva de Boscovich sólo sea aplicable a las Artes Liberales, pero no a las Ciencias, que no decaerán nunca y vivirán de error en error hasta la final perfección, si no olvidan los fundamentos de la verdad. JA cree que las Ciencias siempre vivirán imperfectas, y que no es imposible que un día puedan olvidar los fundamentos de la verdad. JA, a ratos cauto ante la peligrosa ambición gnoseológica de las Ciencias, prevé posibles errores de estas por causas extrínsecas a ellas. La soberbia intelectual y las abstractas y excesivas sutilezas filosóficas podrían hacer olvidar los logros alcanzados. Unas ciencias mal conducidas pueden decaer. También las Bellas Artes, las Bellas Letras y la Elocuencia evolucionan. Cree vana la "amenaza de ruina", pues aún se hallan lejos de la perfección las Ciencias y las Bellas Letras. Bacon aconsejaba a estas, en el libro I de su *Novum organum*, no alardear de haber llegado a la perfección, pues siempre caben nuevos progresos en ellas. Tampoco cree acertado que Algarotti se sirva de una hipérbola para representar los progresos del ingenio humano:

pero, de cualquier modo que quieran tomarse dichas líneas, ¿qué nueva curva del todo irregular deberá inventarse para expresar los progresos de las letras, lentos al principios en los griegos, después veloces y luego otra vez tardos; los poquísimos hechos después en el largo intervalo de muchos siglos y la rapidez con que el entendimiento humano se ha ido acercando a su perfección en pocos años de estos últimos años? (I, 391)

Concluye JA sobre los intentos geometrizar de Boscovich y Algarotti, que buscaron reducir la complejidad a una asíntota o a una hipérbola:

Parece que estos filósofos quieren poetizar y, con el auxilio de las imágenes geométricas, divertir al entendimiento antes que hablar filosóficamente con solidez y darnos las verdaderas y justas ideas de las vicisitudes de la literatura. (I, 391)

Para adelantar la Literatura no bastan trabajos individuales, como el suyo, por ejemplo. Bacon propuso, en el libro II de su *De dignitate et augmentis scientiarum*, crear una academia de hombres doctos en todas las facultades para censurar las diversas disciplinas y designar los trabajos pendientes más necesarios. Recuerda JA el relativo fracaso obtenido por la Astronomía, que dedicó ímprobos esfuerzos y gastó muchos medios en perseguir un único objetivo, quizás desacertado: la justa medida terrestre de un grado celeste y la trabajosa medida del correspondiente espacio terrestre. Quizás habría sido mejor centrarse en otros asuntos de Física, Medicina o Política. Por ejemplo, haber hecho hacer caso a De Luc / Jean André Deluc (*Lettres physiques et morales sur l'Histoire de la Terre et de l'Homme*) y construir observatorios en las altas cumbres de los Alpes o de los Andes para ver mejor el cielo.

Y pasa a dar JA algunos consejos para el progreso de las diversas disciplinas. Primero, es preciso no perder los conocimientos adquiridos. Muchos conocimientos de los griegos fueron luego olvidados y los modernos gastaron tiempo y energías en volver a dar con ellos. No cree que los antiguos lo supieran todo y, por tanto, no piensa que los grandes filósofos se limiten a robarles a estos sus ideas. Pero de haberse conocido con anterioridad las verdades descubiertas por los antiguos en Astronomía, Química, Medicina, Anatomía o Historia natural, que se rescatan cada día, los filósofos habrían avanzado hacia otros descubrimientos. ¿Cómo trataban los antiguos la cal para que sus edificios sigan en pie? ¿Pueden los modernos ablandar el marfil y hacerlo flexible como los antiguos? Otro consejo: hay que llevar al día exacta cuenta, en extensos catálogos, de noticias, descubrimientos y verdades ya encontrados. Así se evitaría descubrir lo ya descubierto por otros, como ocurrió con el glorioso descubrimiento del español Pedro Ponce para enseñar a hablar a los mudos o el descubrimiento sobre el pulso de Solano de Luque (*De los pulsos*), que Europa descubrió muy tarde. También hay que evitar descubrimientos basados en

especulaciones que carezcan de toda utilidad. Cree JA todavía insuficiente el material reunido en el *Diccionario enciclopédico / L'Encyclopédie* de Diderot y D'Alambert, por no ser realmente una Historia de los progresos del entendimiento humano. Faltan manuales útiles para iniciar en los primeros elementos de las Ciencias y sus misterios, y que evitarían investigar lo ya investigado. También es indispensable, antes de correr tras frívolas novedades, detectar las noticias no ciertas. Por ejemplo: ¿Tienen virtudes medicinales electricidad y magnetismo? Y vuelve a añorar JA la existencia de un Tribunal Supremo para la causa de las Ciencias.

Reivindica una anticuaria científica, para leer, sin despreciarlas, las obras de Ciencia de los antiguos, como hizo Buffon con las de Platón o Hipócrates. Plinio el Viejo se ve confirmado a diario por los naturalistas modernos, aunque muchos, que se creían «ilustrados», despreciaban sus noticias. Desea JA que lo útil para los anticuarios lo sea también para los filósofos. Aconseja releer con sagacidad a los árabes y a otros autores poco apreciados, como Alkindi y Algazel, Alberto Magno, Ramon Llull y Bacon. Así se obtendrían interesantes noticias militares, metalúrgicas, químicas y astronómicas. También hay que saber leer entre líneas a los autores modernos, pues no dicen todo lo que saben. Cuando lee con atención a su amado Galileo, JA cree hallar ya esbozadas muchas ideas que luego encuentra en Leibniz, Borelli, Viviani o Boyle. La ley de continuidad de Leibniz creyó verla ya delineada en su *Sistemas del mundo / Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo: ptolemaico y copernicano* (1632). Unas pocas páginas del *Apéndice* de Newton a su *Óptica* desembocaron en felices descubrimientos que cambiaron la Física.

Más consejos. El primer objetivo de todos los estudios debe ser la ciencia del hombre, conocer a los hombres en su parte intelectual y científica. La Medicina debería examinar los remedios naturales, abandonando el ceño filosófico. Política y Ética deben investigar gobiernos, usos y costumbres y modos de pensar de todas las naciones. Conviene divulgar las noticias que ahora son exclusiva propiedad de algunos países. Europa todavía desconoce a muchos pueblos del mundo: cuenta Ulloa algunas portentosas labores de los peruanos y Clavijero, de los mejicanos, desconocidas para los europeos; China todavía guarda útiles secretos; no se ha estudiado aún la astronomía caldea; Egipto puede enseñar mucho sobre Hidrostática,

Astronomía y otras ciencias; nada se sabe de los modos de pensar de abisinios y etíopes...

La razón y la imaginación de los antiguos siguió caminos distintos a las de los europeos y la Naturaleza se imprimiría de otro modo en su fantasía. Será útil a los poetas estudiar la poesía de chinos y árabes. Los filósofos deben tratar de transferir las riquezas que hay en otras lenguas. Aunque los extranjerismos deben adoptarse con cautela, JA, que elogia los hermosos arabismos que pueblan el español, es partidario de perfeccionar las lenguas con el comercio de unas con otras (el padre Francisco de Vitoria habría hablado aquí de su *ius communicationis*).

Por fin, JA propone el estudio científico de las Artes mecánicas, más interesantes que muchos de los estudios de los filósofos. No dirá con Voltaire que el inventor del arte de fabricar agujas benefició a la Humanidad más que toda la Academia de las Ciencias de París, pero sí que Artes y Ciencias deben, juntando teoría y práctica, marchar unidas en su avance. Los filósofos pueden obtener del estudio de las Artes nuevos instrumentos científicos. Y se centra de nuevo en la importancia de los *contextos de modelización*: Galileo supo sacar provecho al telescopio, inútil en mano de los artesanos holandeses; sirviéndose del artífice Dollond, Euler creó los telescopios acromáticos, que le dieron acceso a espectáculos de la Naturaleza que no conoció Newton. Intenten los filósofos perfeccionar todos los sentidos, no sólo el de la vista. Si el telescopio ayuda al ojo, la concha de Bernard o instrumentos semejantes podrían ampliar las potencialidades del oído. Se pregunta JA qué fue más útil en Mecánica y en Física, si las máquinas para hacer experimentos o la invención del Álgebra; y en Astronomía, si el hallazgo del telescopio o el del Cálculo Infinitesimal; Toda Ciencia se auxilia de la Arimética y la Geometría. Descartes, al aplicar el Álgebra a la Geometría, produjo una revolución que llevó pronto a las Ciencias exactas a su perfección; el Cálculo Diferencial permitió rápidos avances... Por lo tanto, para progresar en Ciencias lo primero es mejorar las matemáticas puras, únicas que abren los secretos más íntimos de la Naturaleza: "La lengua en que está escrito el gran libro del Universo son figuras, números y signos algebraicos", lengua cuya divulgación es aún una tarea pendiente. Todas las Ciencias, intelectuales y morales, deben reformarse, también la Jurisprudencia, las disciplinas eclesiásticas y las Bellas Letras.